



DERECHOS
DIGITALES

POLITICAL
WATCH

POLARIZACIÓN Y PARTICIPACIÓN CIUDADANA:

Barreras, motivaciones y condiciones
para una democracia más inclusiva.

Coordinación: Belén Agüero - Directora de Investigación de Political Watch

Autor principal: Christian Griot - Investigador de Political Watch



**POLITICAL
WATCH**



red.es



Julio 2026. Marco del informe: Este documento ha sido elaborado por Political Watch en el marco del convenio suscrito por la entidad pública empresarial Red.es con la agrupación de entidades formada por Political Watch —Fundación Salvador Soler—, la Fundación Hay Derecho y la Fundación Haz, para impulsar la implementación de la Carta de Derechos Digitales en el ámbito de los derechos de participación [c-38/23-ot].

La información y las opiniones expresadas en este estudio son de los autores/as y no reflejan necesariamente la opinión oficial de las instituciones firmantes del convenio de colaboración en cuyo marco se ha realizado este documento. Las instituciones firmantes del convenio no garantizan la exactitud de los datos incluidos en este documento. Ni estas instituciones ni ninguna persona que actúe en su nombre pueden ser considerados responsables del uso que pueda hacerse de la información contenida en el mismo.

Se autoriza la reproducción para fines docentes o sin ánimo de lucro, siempre que se cite la fuente.

Copyright: CC BY-SA 4.0 

Abstract

Este informe analiza la relación entre distintas dimensiones de la polarización política y la participación ciudadana no electoral en España. La investigación parte de una pregunta central: **¿cómo se asocian la polarización vertical, horizontal, afectiva, ideológica y conflictiva con los repertorios de participación ciudadana no electoral y con las preferencias sobre el diseño de mecanismos participativos?** Desde este enfoque, la participación se entiende más allá del voto e incorpora tanto mecanismos institucionales —consultas públicas, audiencias, asambleas ciudadanas, presupuestos participativos, quejas a la administración o contacto con cargos públicos— como repertorios de presión, protesta, acción social y expresión digital, entre ellos la recogida de firmas, la manifestación, el boicot, la huelga, la participación asociativa, el voluntariado, la donación a causas sociales y la creación o difusión de contenido político en redes sociales.

La investigación se sitúa en un contexto en el que la polarización política no solo afecta a las preferencias partidistas o ideológicas, sino que también puede estar relacionada con la manera en que la ciudadanía percibe el desacuerdo, evalúa a quienes piensan distinto, decide si participa o no en espacios compartidos y valora las condiciones necesarias para que un proceso participativo sea legítimo, seguro y útil. En este sentido, el informe no plantea una relación causal entre polarización y participación, sino que analiza **patrones de asociación** entre distintos indicadores de polarización y diferentes formas de implicación ciudadana. La hipótesis de partida no es que la polarización se desmovilice automáticamente, sino que puede estar asociada a repertorios participativos diferenciados, a mayores reservas hacia ciertos espacios deliberativos y a demandas específicas de diseño institucional.

El estudio emplea una metodología mixta que combina un componente cuantitativo, basado en una encuesta online CAWI programada por Netquest a población adulta residente en España, y un componente cualitativo, desarrollado mediante grupos focales online. La encuesta se estructura en módulos sociodemográficos, de participación no electoral, frecuencia de participación, propensión futura a implicarse en mecanismos participativos, barreras a la participación, condiciones que podrían favorecer una mayor implicación ciudadana, autoubicación ideológica, impresiones hacia partidos y votantes, percepciones sobre el adversario político y experiencias recientes de conflicto político. A partir de estos módulos, la participación no electoral se analiza mediante tres grandes repertorios: participación institucional, participación de presión y participación cívico-social y digital.

La encuesta se estructura en módulos sociodemográficos, de participación no electoral, frecuencia de participación, propensión futura a implicarse en mecanismos participativos, barreras a la participación, condiciones que podrían favorecer una mayor implicación ciudadana, autoubicación ideológica, impresiones hacia partidos y votantes, percepciones sobre el adversario político y experiencias recientes de conflicto político. En concreto, el módulo de impresiones políticas recoge la valoración de 14 partidos políticos y de las personas que votan a esos mismos 14 partidos, lo que permite comparar la impresión hacia las siglas con la impresión hacia sus electorados. A partir de estos módulos, la participación no electoral se analiza mediante tres grandes repertorios: participación institucional, participación de presión y participación cívico-social y digital.

La investigación distingue tres grandes tipos de participación. En primer lugar, la participación institucional, vinculada a mecanismos promovidos o canalizados por las administraciones públicas, como consultas públicas, audiencias, asambleas ciudadanas o presupuestos participativos. En segundo lugar, la participación de presión, asociada a formas de protesta, reclamación o movilización, como manifestaciones, huelgas, boicots, recogidas de firmas, quejas formales o contacto con cargos públicos. En tercer lugar, la participación cívico-social y digital, relacionada con la participación

en asociaciones, el voluntariado, la donación a organizaciones o causas sociales y la comunicación política en redes. Esta clasificación permite analizar no solo si las personas participan más o menos, sino también **en qué espacios participan, qué repertorios priorizan y qué formatos parecen resultarles más aceptables, eficaces o seguros.**

El informe también examina las principales barreras que pueden limitar la implicación ciudadana en contextos polarizados. Entre ellas se incluyen la falta de tiempo, la falta de información, la percepción de que participar no sirve para nada, la desconfianza en que el proceso sea justo, la incomodidad ante el conflicto, la preocupación por la exposición pública, el desinterés o el desconocimiento sobre qué es una consulta pública. Junto a estas barreras, se analizan las condiciones que podrían favorecer una mayor participación, como una mejor información, mayor facilidad para participar, resultados visibles, decisiones más vinculantes, más transparencia, garantías de neutralidad, ambientes respetuosos, protección de la privacidad, incentivos o facilidades, más tiempo y una mayor sensación de representación.

El componente cualitativo se basa en grupos focales online segmentados según autoubicación ideológica. Esta estrategia permite profundizar en cómo distintos perfiles interpretan la participación ciudadana, qué significados atribuyen al desacuerdo político, qué experiencias asocian al conflicto y qué condiciones consideran necesarias para participar en espacios donde pueden encontrarse con personas que piensan distinto. Los grupos focales permiten complementar los resultados de encuesta con una lectura más interpretativa sobre los umbrales emocionales, prácticos e institucionales que pueden favorecer o limitar la participación. Su análisis se realiza mediante codificación temática y comparación entre grupos ideológicos, atendiendo especialmente a la confianza, la utilidad percibida, la neutralidad del proceso, el respeto en la interacción, la claridad de las reglas y la percepción de representación.

El objetivo principal del informe es analizar la relación entre distintas dimensiones de polarización política —vertical, horizontal, afectiva, ideológica

y conflictiva— y los principales repertorios de participación ciudadana no electoral en España. Además, la investigación busca identificar los retos y oportunidades que la polarización plantea para el diseño de mecanismos participativos, prestando atención tanto a las barreras que pueden dificultar la implicación ciudadana como a las condiciones que podrían ampliar la participación en contextos de desacuerdo político. En este sentido, el estudio conecta el análisis de la polarización con preguntas aplicadas de diseño institucional: qué tipo de procesos resultan más confiables, qué formatos reducen la percepción de confrontación improductiva, qué garantías pueden aumentar la disposición a participar y qué condiciones permiten sostener el desacuerdo sin convertirlo en exclusión o retraimiento.

A partir de este enfoque, el informe aspira a aportar evidencia útil para el diseño de políticas públicas, procesos deliberativos y mecanismos de participación más inclusivos, confiables y sensibles al conflicto político. Su contribución principal es vincular el análisis de la polarización con el diseño concreto de espacios participativos, mostrando que las diferencias en la participación no pueden entenderse únicamente a partir del interés político individual, sino también de las condiciones sociales, emocionales e institucionales bajo las cuales se invita a la ciudadanía a implicarse. Las principales limitaciones del estudio se relacionan con el carácter declarativo de los datos de encuesta, la imposibilidad de establecer relaciones causales a partir de cruces descriptivos, la dificultad de captar dinámicas relacionales complejas mediante instrumentos cuantitativos y el alcance exploratorio del componente cualitativo. En conjunto, la investigación propone avanzar hacia una participación ciudadana capaz de reconocer el desacuerdo democrático, reducir sus efectos excluyentes y diseñar espacios donde la diversidad política pueda tramitarse de forma legítima, segura y productiva.

Índice

Introducción //8

Metodología y límites del estudio //14

Marco conceptual //22

Resultados de la investigación: La participación no electoral en España canales y repertorios //33

Afinidad política y participación //47

Animosidad política y participación //56

Polarización conflictiva: un hallazgo clave del informe //65

Barreras y condiciones para participar en contextos polarizados //72

Implicaciones para el diseño de espacios participativos y conclusiones //81

Conclusiones //88

1.

Introducción

1.1 Punto de partida: participación ciudadana en un contexto de polarización

La participación ciudadana constituye una dimensión central de la vida democrática. Aunque el voto sigue siendo el mecanismo más visible de intervención política, las democracias contemporáneas se sostienen también sobre múltiples formas de participación no electoral: consultas públicas, presupuestos participativos, audiencias, asambleas ciudadanas, participación asociativa, movilización social, voluntariado, contacto con representantes, recogida de firmas, quejas a la administración o creación de contenido político en entornos digitales. La ciudadanía no participa únicamente para elegir representantes, sino también para expresar demandas, influir en decisiones públicas, reclamar respuestas institucionales, vigilar a los poderes públicos y construir vínculos colectivos (Verba, Schlozman y Brady, 1995).

Esta investigación parte de una idea central: entre elecciones también hay vida política. La participación no electoral permite observar cómo se implica la ciudadanía en los asuntos públicos más allá del momento electoral y qué canales utiliza para hacerlo. Sin embargo, no todas las formas de participación son equivalentes. Participar en una consulta pública no implica lo mismo que asistir a una manifestación, firmar una petición, donar a una causa social, formar parte de una asociación, presentar una queja formal o compartir contenido político en redes sociales. Cada mecanismo supone distintos niveles de exposición pública, confianza institucional, coste personal, intensidad política y orientación hacia la cooperación o la presión. Esta diversidad de repertorios ha sido ampliamente señalada por la literatura sobre participación política, que distingue entre formas institucionales, comunitarias, expresivas y contenciosas de implicación ciudadana (Norris, 2002; Tilly y Tarrow, 2015).

Por ello, el informe distingue tres grandes repertorios de participación no electoral. En primer lugar, la participación institucional, vinculada a mecanismos promovidos o canalizados por administraciones públicas, como consultas públicas, audiencias, asambleas ciudadanas o presupuestos participativos. En segundo lugar, la participación de presión, asociada a formas de protesta, reclamación o movilización, como manifestaciones, huelgas, boicots, recogidas de firmas, quejas formales o contacto con cargos públicos. En tercer lugar, la participación cívico-social y digital, relacionada con la participación en asociaciones, el voluntariado, la donación a organizaciones o causas sociales y la expresión política en redes. Esta clasificación permite analizar no solo si las personas participan más o menos, sino también a través de cuáles canales participan y qué tipo de participación aparece más vinculada a distintos perfiles políticos y experiencias de conflicto y cooperación.

El contexto político estatal en el que se desarrolla esta investigación está marcado por la tesis de la polarización política. Sin embargo, el informe no entiende la polarización como un fenómeno único ni exclusivamente ideológico. La distancia entre posiciones de izquierda y derecha es relevante al analizar la participación ciudadana, pero no agota el problema. La polarización también puede expresarse en valoraciones negativas hacia partidos, rechazo hacia sus votantes, incomodidad ante personas cercanas que piensan distinto, percepción de mala fe del adversario, discusiones fuertes, ruptura de relaciones personales, abandono de grupos de mensajería o evitación de medios de comunicación no afines. La literatura reciente sobre polarización afectiva ha mostrado precisamente que el desacuerdo político puede adquirir una dimensión social y emocional, en la que las identidades políticas se asocian con simpatía hacia el propio grupo y rechazo hacia los grupos percibidos como adversarios (Iyengar, Sood y Lelkes, 2012; Iyengar et al., 2019).

En el caso español, tener en cuenta el contexto es clave por la combinación de multipartidismo, competición entre bloques, tensiones territoriales y el aparente aumento de la polarización afectiva. Diversos trabajos han señalado que la polarización en España no se expresa únicamente como distancia

programática entre partidos, sino también como rechazo hacia determinados actores políticos, bloques ideológicos o electorados concretos (Orriols y León, 2020; Torcal, 2022; Torcal y Comellas, 2022). En este sentido, la investigación adopta una mirada multidimensional, atenta tanto a las actitudes políticas como a sus expresiones sociales y relacionales.

El informe se organiza en torno a dos conceptos principales: **afinidad política y animosidad política**. La afinidad se entiende como la valoración positiva, simpatía o cercanía hacia partidos políticos o hacia sus votantes. Puede expresar identificación, confianza parcial, reconocimiento del propio espacio político o sentido de pertenencia. La animosidad, en cambio, remite a la valoración negativa, rechazo o incomodidad hacia partidos, votantes o personas percibidas como políticamente alejadas. Ambas dimensiones forman parte de la polarización afectiva, pero no son equivalentes. Una persona puede valorar positivamente a varios partidos sin mostrar un rechazo intenso hacia otros; del mismo modo, puede expresar animosidad hacia distintos partidos o votantes sin tener una afinidad clara con un espacio político propio.

Esta distinción permite analizar el impacto de la polarización en los mecanismos de participación con más precisión. El informe no busca únicamente saber si la ciudadanía está "más" o "menos" polarizada, sino identificar qué tipo de vínculo político aparece asociado a cada forma de participación. La afinidad puede estar relacionada con formas de implicación basadas en cercanía, confianza o pertenencia política. La animosidad puede aparecer vinculada a repertorios más expresivos, contenciosos o de presión. A su vez, la polarización conflictiva permite observar si quienes han vivido discusiones, rupturas o evitación política presentan patrones participativos diferentes a quienes no han experimentado ese tipo de conflicto.

La pregunta central que guía esta investigación es: **¿cómo se relacionan la afinidad y la animosidad política con los distintos repertorios de participación ciudadana no electoral en España?** Esta pregunta se formula desde un enfoque asociativo. El informe no afirma que la polarización cause, produzca o limite la participación.

Tampoco sostiene que la animosidad movilice ni que la afinidad conduzca necesariamente a una mayor implicación. Lo que se analiza es si determinadas formas de afinidad y animosidad aparecen asociadas con mayores o menores niveles de participación y con determinados canales participativos.

Por eso, la pregunta relevante no es solo si la polarización se asocia con más o menos participación, sino qué tipo de participación aparece más vinculada a cada dimensión de la polarización.

En este marco, la polarización conflictiva ocupa un lugar central en el informe. Esta dimensión no mide únicamente opiniones sobre partidos o votantes, sino experiencias concretas de conflicto político en la vida cotidiana: evitar hablar de política para no discutir, haber tenido una discusión fuerte, dejar de hablar con alguien, abandonar un grupo de WhatsApp o Telegram por política o evitar fuentes de información por no representar las propias ideas. El interés analítico de esta dimensión reside en que permite observar hasta qué punto la experiencia vivida del conflicto aparece asociada a la retirada participativa o, por el contrario, a una mayor implicación en determinados repertorios.

Por último, el informe presta atención a las barreras y condiciones que pueden favorecer o limitar la participación en contextos de conflicto político. La falta de tiempo, la falta de información, la percepción de que participar no sirve para nada, la incomodidad ante el conflicto o el desinterés pueden operar como obstáculos relevantes. Al mismo tiempo, condiciones como la neutralidad visible, la transparencia, la claridad de las reglas, el retorno de resultados y la sensación de representación pueden hacer más aceptable la participación en espacios donde existe desacuerdo político. La literatura sobre innovación democrática y participación deliberativa ha insistido en que abrir canales participativos no es suficiente: su legitimidad depende también de la calidad del diseño, de la claridad de las reglas, de la inclusión, del retorno institucional y de la confianza que generen los procesos (Fishkin, 2009; OECD, 2020, 2022).

Desde esta perspectiva, el estudio no se limita a describir niveles de participación. Su objetivo es conectar el análisis de la afinidad, la animosidad y la polarización conflictiva con preguntas aplicadas de diseño participativo. En contextos de desacuerdo, el reto democrático no consiste únicamente en aumentar la participación, sino en diseñar espacios capaces de canalizar la activación ciudadana sin intensificar el conflicto, sostener la diferencia política sin convertirla en exclusión y ofrecer mecanismos que sean percibidos como útiles, neutrales, seguros y representativos.

1.2. Objetivos del estudio

A partir de este planteamiento, la investigación tiene tres objetivos principales.

Analizar si distintas formas de afinidad y animosidad política se asocian con mayores o menores niveles de participación no electoral. Para ello, el informe diferencia entre afinidad hacia partidos, afinidad hacia votantes, animosidad hacia partidos y animosidad hacia votantes. Esta separación permite evitar una lectura demasiado general de la polarización afectiva y observar si los vínculos positivos y negativos con el campo político se relacionan de manera distinta con la participación ciudadana.

Identificar qué tipos de participación —institucional, de presión, cívico-social y digital— aparecen más vinculados a la polarización conflictiva. Esta dimensión permite analizar si las personas que han experimentado conflictos políticos cotidianos se retraen de la participación o si, por el contrario, declaran mayores niveles de implicación en determinados canales. El estudio no afirma que el conflicto genere participación, sino que examina si las experiencias de conflicto político aparecen relacionadas con repertorios participativos específicos.

Explorar qué barreras, condiciones y diseños participativos pueden canalizar mejor la participación en contextos de conflicto político. Para ello, el informe analiza obstáculos como la desconfianza, la percepción de inutilidad,

la incomodidad ante el conflicto, la exposición pública o la falta de información, junto con condiciones de mejora como la neutralidad, la transparencia, los resultados visibles, las decisiones vinculantes, el respeto, la privacidad y la representación.

2.

Metodología y límites del estudio

La investigación adopta un diseño mixto, de carácter exploratorio y analítico, orientado a estudiar cómo distintas formas de afinidad, animosidad y polarización conflictiva aparecen asociadas con los repertorios de participación ciudadana no electoral en España.

El diseño metodológico combina tres técnicas principales: revisión bibliográfica, encuesta online a población adulta residente en España y grupos focales online segmentados por autoubicación ideológica. La revisión bibliográfica permite situar conceptualmente la investigación, delimitar las principales dimensiones de la polarización política y ordenar los repertorios de participación ciudadana no electoral analizados. La encuesta ofrece una visión amplia sobre la frecuencia y distribución de distintas formas de participación, valoración política, conflicto, barreras y condiciones de diseño participativo. Los grupos focales, por su parte, permiten profundizar en los significados que las personas atribuyen a participar, discrepar, debatir o compartir espacios con personas políticamente distintas. De esta forma, el enfoque mixto responde a la necesidad de analizar un fenómeno complejo, en el que prácticas participativas, emociones políticas, confianza institucional, experiencias de conflicto y condiciones de diseño se relacionan entre sí de forma no lineal.

2.1. Diseño mixto de la investigación

El enfoque mixto responde a la necesidad de analizar un fenómeno complejo, en el que las prácticas participativas, las emociones políticas, la confianza institucional, las experiencias de conflicto y las condiciones de diseño se relacionan entre sí de manera no lineal. La encuesta ofrece una visión amplia sobre la frecuencia y distribución de distintas formas de participación no electoral, mientras que los grupos focales permiten profundizar en los significados que las personas atribuyen a participar, discrepar, debatir o compartir espacios con personas políticamente distintas.

La participación no electoral se analiza a partir de tres grandes repertorios. El primero es la participación institucional, vinculada a mecanismos promovidos o canalizados por administraciones públicas, como consultas públicas, audiencias, asambleas ciudadanas o presupuestos participativos. El segundo es la participación de presión, asociada a formas de protesta, reclamación o movilización, como manifestaciones, huelgas, boicots, recogidas de firmas, quejas formales o contacto con cargos públicos. El tercero es la participación cívico-social y digital, relacionada con la participación en asociaciones, el voluntariado, la donación a organizaciones o causas sociales y la creación o difusión de contenido político en redes sociales.

La polarización se aborda mediante distintas dimensiones. La dimensión ideológica se recoge a través de la autoubicación en la escala izquierda-derecha. La dimensión afectiva se analiza a partir de las valoraciones positivas, neutrales o negativas hacia 14 partidos políticos y hacia las personas que votan a esos mismos 14 partidos, lo que permite distinguir entre la impresión hacia las siglas y la impresión hacia sus electorados. La dimensión horizontal se aproxima mediante las valoraciones hacia votantes y la incomodidad ante una persona cercana que vota a un partido muy alejado de las propias ideas. La dimensión conflictiva se observa mediante experiencias cotidianas de evitación, discusión o ruptura relacional por motivos políticos. Finalmente, la dimensión informativa se incorpora a partir de la evitación de medios o fuentes por no representar las propias ideas.

2.2. Encuesta: muestra y variables

El componente cuantitativo de la investigación se basa en una encuesta online a 1.515 personas españolas mayores de edad, residentes en el conjunto del territorio nacional. La encuesta fue programada por la empresa Netquest y administrada mediante metodología CAWI, es decir, a través de un cuestionario online estructurado aplicado a panel.

El cuestionario fue diseñado para captar tanto prácticas de participación ciudadana no electoral como actitudes vinculadas a distintas dimensiones de la polarización política. Para ello, se estructuró en varios bloques temáticos. Un primer bloque recogió información sociodemográfica básica, incluyendo edad, género, nivel educativo, comunidad autónoma o provincia, situación laboral, ingresos y autoubicación ideológica en una escala de 0 a 10. Estos datos permiten contextualizar los patrones de participación y observar diferencias entre perfiles individuales, territoriales e ideológicos.

Otro bloque se centró en la participación ciudadana no electoral. En primer lugar, se incorporó una pregunta abierta sobre qué entiende la ciudadanía por "participación política ciudadana" más allá del voto. Esta pregunta permite identificar cómo las personas conceptualizan la participación y qué repertorios les resultan más presentes: institucionales, comunitarios, asociativos, de presión, digitales o de protesta. En segundo lugar, se incluyó una batería cerrada sobre participación declarada alguna vez en distintos mecanismos, tales como firmar peticiones, participar en consultas públicas, asistir a audiencias o plenos, tomar parte en asambleas ciudadanas, votar o proponer en presupuestos participativos, presentar quejas a la administración, contactar con cargos públicos, participar en manifestaciones, boicots o huelgas, colaborar con asociaciones, donar a causas sociales, hacer voluntariado o crear y compartir contenido político en redes sociales.

A partir de estas preguntas, la participación no electoral se operacionaliza como una de las variables principales del informe. El análisis distingue entre tres grandes repertorios.

La participación institucional agrupa mecanismos promovidos o canalizados por las administraciones públicas, como consultas públicas, audiencias, asambleas ciudadanas y presupuestos participativos. **La participación de presión** reúne formas de protesta, reclamación o influencia política, como recogida de firmas, manifestaciones, boicots, huelgas, quejas a la administración y contacto con cargos públicos. **La participación cívico-social y digital** incluye formas de implicación asociativa, comunitaria o expresiva, como participar en asociaciones, hacer voluntariado, donar a ONG o causas sociales, compartir contenido político y crear contenido político en redes. Esta clasificación permite observar no solo el nivel agregado de participación, sino también los tipos de mecanismos en los que las personas se implican y las posibles diferencias entre formas más institucionalizadas, contenciosas, comunitarias o digitales de participación.

Otro bloque abordó las barreras a la participación, incluyendo falta de tiempo, falta de información, percepción de que participar no sirve para nada, desconfianza en la imparcialidad del proceso, incomodidad ante el conflicto o las discusiones, preocupación por la exposición pública, desinterés y desconocimiento sobre qué es una consulta pública. También se preguntó por las condiciones que deberían cambiar para participar más, tales como recibir mejor información, contar con procesos más accesibles, ver resultados visibles, que las decisiones sean más vinculantes, disponer de más transparencia, garantías de neutralidad, ambientes respetuosos, protección de la privacidad, incentivos o facilidades, más tiempo o mayor representación de personas similares.

El bloque de polarización política incorporó distintas dimensiones de análisis. La polarización ideológica se recoge mediante la autoubicación en la escala 0–10. La polarización afectiva se mide a través de valoraciones hacia 14 partidos políticos y hacia las personas que votan a esos mismos partidos. Los partidos incluidos son: PSOE, PP, Vox, Sumar, Podemos, ERC, Junts, EH Bildu, PNV, BNG, Coalición Canaria, UPN, Compromís y CUP. Estas valoraciones permiten analizar tanto la afinidad como la animosidad hacia actores políticos organizados y hacia grupos de votantes, así como construir

perfiles agregados de valoración de partidos y de votantes. Estos perfiles no sustituyen el análisis específico de cada partido o grupo de votantes, sino que permiten ordenar la lectura de las actitudes políticas según predominen valoraciones positivas, neutrales, negativas o combinaciones mixtas.

La dimensión horizontal o social de la polarización se aproxima mediante preguntas sobre la comodidad ante una persona cercana que vota a un partido muy alejado de las propias ideas y sobre la percepción de buena fe de las personas con ideas políticas muy diferentes. Además, las valoraciones hacia partidos y votantes se agrupan en perfiles dominantes de afinidad/animosidad. Para ello, se contabiliza en cada persona el número de valoraciones positivas, neutrales y negativas: cuando predominan las positivas, se clasifica como perfil de afinidad positiva; cuando predominan las neutrales, como perfil de neutralidad; cuando predominan las negativas, como perfil de animosidad negativa; y cuando no predomina claramente una categoría, como perfil mixto. Por su parte, la polarización conflictiva o relacional se observa mediante experiencias concretas de conflicto y evitación política: evitar hablar de política para no discutir, haber tenido una discusión fuerte por política, haber dejado de hablar con alguien por motivos políticos, haber abandonado grupos de mensajería por discusiones políticas y haber evitado medios o fuentes de información por no encajar con las propias ideas. Estas variables se analizan individualmente para observar sus perfiles y su relación con los distintos repertorios de participación. Además, se integran de forma complementaria en un índice de conflicto político construido por acumulación de experiencias: bajo conflicto cuando la persona declara 0 o 1 experiencias, medio conflicto cuando declara 2 o 3, y alto conflicto cuando declara 4 o 5.

El análisis cuantitativo permite examinar la relación entre afinidad, animosidad, polarización conflictiva y participación no electoral a partir de cruces descriptivos, construcción de variables sintéticas y análisis comparados entre grupos. Las principales variables de segmentación y control son las características sociodemográficas, la autoubicación ideológica y el interés por la política. Los resultados se interpretan siempre como asociaciones

empíricas y no como relaciones causales. El informe no afirma que la polarización “cause”, “produzca” o “genere” participación, sino que determinadas formas de afinidad, animosidad o conflicto político aparecen asociadas a determinados repertorios participativos.

Esta precaución metodológica es importante por varias razones. En primer lugar, los datos son declarativos y dependen del recuerdo, la interpretación y la autopercepción de las personas encuestadas. En segundo lugar, algunas preguntas de participación se refieren a experiencias realizadas “alguna vez”, por lo que no siempre permiten distinguir entre participación reciente, participación frecuente o participación puntual en el pasado. En tercer lugar, al tratarse de una encuesta online, pueden existir sesgos asociados al acceso digital, al nivel educativo, al interés político o a la mayor disposición de ciertos perfiles a responder cuestionarios de temática pública. En cuarto lugar, los niveles de participación declarada pueden aparecer más altos que en otras fuentes comparables, por lo que los resultados deben leerse con cautela y, en caso necesario, podrán ser revisados mediante ponderaciones o contrastes adicionales.

Por estas razones, el informe prioriza una lectura prudente de los datos. El objetivo no es estimar con precisión absoluta el volumen real de participación en España, sino identificar patrones relevantes entre perfiles de afinidad, animosidad, conflicto político y repertorios de participación no electoral. Las limitaciones de representatividad, los posibles sesgos educativos y los niveles elevados de participación declarada se tienen en cuenta en la interpretación de los resultados y deberán explicitarse cuando se presenten los principales hallazgos.

2.3. Grupos focales: función dentro del informe

El componente cualitativo se desarrolló mediante grupos focales online segmentados según autoubicación ideológica. Los grupos se organizaron en torno a tres perfiles: izquierda, centro y derecha. Esta segmentación permitió generar conversaciones relativamente homogéneas desde el punto de vista ideológico y observar cómo distintos perfiles interpretan la participación, el conflicto político, la confianza institucional y las condiciones necesarias para participar en espacios donde puede haber desacuerdo.

Los grupos focales tuvieron una duración aproximada de 90 minutos y se realizaron en formato online. La composición buscó equilibrar, en la medida de lo posible, perfiles por edad, género, nivel educativo, territorio y experiencia previa de participación. En todos los casos se preserva el anonimato de las personas participantes y no se incorporan nombres, datos de contacto ni detalles que permitan su identificación.

El guion cualitativo abordó cinco dimensiones principales. En primer lugar, las definiciones espontáneas de participación ciudadana: qué significa participar, qué mecanismos se reconocen y qué diferencias se establecen entre votar, protestar, deliberar, reclamar, colaborar o expresarse políticamente. En segundo lugar, las experiencias y barreras de participación: falta de tiempo, falta de información, desconfianza, percepción de inutilidad, exposición pública, incomodidad ante el conflicto o desinterés. En tercer lugar, las percepciones sobre polarización y desacuerdo político en la vida cotidiana, incluyendo conversaciones familiares, redes sociales, grupos de mensajería y espacios laborales o comunitarios. En cuarto lugar, la valoración de distintos mecanismos participativos, como presupuestos participativos, consultas públicas online o asambleas ciudadanas. En quinto lugar, las condiciones que harían más aceptable participar en contextos de diferencia política.

Dentro del informe, los grupos focales cumplen una función interpretativa. No se utilizan para generalizar resultados al conjunto de la población ni para sustituir los datos de encuesta. Su valor reside en ayudar a explicar por

qué determinados mecanismos generan confianza o desconfianza, por qué algunas personas perciben la participación institucional como poco útil, por qué el conflicto puede incomodar a ciertos perfiles, por qué el ámbito local aparece como más viable que el estatal y qué condiciones hacen aceptable compartir espacios con personas que piensan distinto. Por tanto, el material cualitativo se incorpora a lo largo del texto de resultados como apoyo explicativo.

2.4. Lenguaje analítico y límites del estudio

El informe adopta un lenguaje analítico basado en asociaciones. Esta distinción es especialmente importante porque la relación entre polarización y participación puede operar en varias direcciones. Es posible que ciertas experiencias de conflicto político estén asociadas a una mayor implicación en canales de presión, protesta o expresión digital. También es posible que quienes participan más estén más expuestos a discusiones, desacuerdos o entornos políticamente intensos. Asimismo, ambas cuestiones pueden estar relacionadas con factores adicionales, como el interés por la política, la intensidad ideológica, la confianza institucional, el nivel educativo o la exposición informativa.

Por ello, las conclusiones del informe deben entenderse como una aproximación empírica y exploratoria a la relación entre afinidad, animosidad, conflicto y participación no electoral. La encuesta permite identificar patrones generales y construir perfiles analíticos; los grupos focales permiten interpretar esos patrones desde la experiencia subjetiva de las personas participantes. En conjunto, ambos componentes ofrecen una base útil para comprender cómo se expresa la participación ciudadana en contextos de polarización y qué condiciones de diseño pueden contribuir a sostener el desacuerdo democrático bajo parámetros de confianza, utilidad, neutralidad y respeto, aportando así al debate teórico.

3.

Marco conceptual

Este capítulo define los conceptos centrales que orientan el análisis del informe. Su objetivo es fijar un marco conceptual operativo para interpretar la relación entre participación ciudadana no electoral, afinidad política, animosidad política y distintas formas de polarización. A partir de este marco, el informe analiza cómo determinados vínculos positivos, negativos y conflictivos con la política aparecen asociados a distintos repertorios participativos.

3.1. Participación no electoral: tres grandes repertorios

La participación ciudadana es una dimensión fundamental de la democracia porque permite que las personas no solo elijan representantes, sino que también expresen demandas, fiscalicen decisiones, contribuyan a definir problemas públicos y se involucren en la construcción de soluciones colectivas. Desde la literatura clásica, la participación política se ha entendido como el conjunto de actividades mediante las cuales la ciudadanía intenta influir directa o indirectamente en las decisiones gubernamentales (Verba, Schlozman y Brady, 1995). Esta definición permite superar una mirada restringida al voto e incorporar una variedad más amplia de prácticas: contacto con representantes, participación en asociaciones, protesta, consultas públicas, procesos deliberativos o acción política digital.

La participación no electoral se refiere, por tanto, a aquellas formas de implicación ciudadana que ocurren fuera de los procesos electorales. Estas prácticas pueden desarrollarse en canales institucionales, comunitarios, asociativos, digitales o de presión. Su importancia radica en que amplían las

oportunidades de incidencia política entre elecciones, permiten incorporar experiencias ciudadanas en la toma de decisiones y pueden fortalecer la legitimidad de las instituciones cuando están diseñadas de forma inclusiva, transparente y con capacidad de respuesta (Fung, 2006; Smith, 2009).

En esta investigación, la participación no electoral se organiza en tres grandes repertorios analíticos: participación institucional, participación de presión o protesta, y participación cívico-social y digital. Esta clasificación permite distinguir entre mecanismos promovidos por administraciones públicas, formas de reclamación o movilización, y prácticas de implicación comunitaria, asociativa o digital. La distinción es relevante porque cada tipo de participación requiere condiciones diferentes de acceso, motivación, confianza, información, exposición pública y percepción de eficacia. Una persona puede no participar en una consulta pública, pero sí firmar peticiones, acudir a manifestaciones, donar a una causa social o compartir contenido político en redes.

La participación institucional comprende aquellos mecanismos mediante los cuales la ciudadanía se involucra en procesos de consulta, deliberación, decisión o priorización impulsados, reconocidos o canalizados por instituciones públicas. Este informe incluye consultas públicas, audiencias, asambleas ciudadanas y presupuestos participativos. Estos mecanismos se sitúan en el debate sobre innovación democrática, en la medida en que buscan complementar la democracia representativa, ampliar la voz ciudadana y mejorar la calidad de las decisiones públicas (Fishkin, 2009; OECD, 2020).

Sin embargo, la existencia formal de canales institucionales no garantiza por sí sola una participación significativa. Arnstein (1969) advirtió que no todos los procesos participativos implican verdadero poder ciudadano: algunos pueden limitarse a informar o consultar sin transferir capacidad real de influencia. Esta advertencia sigue siendo relevante para analizar los mecanismos actuales, especialmente cuando la ciudadanía percibe que los procesos no tienen consecuencias visibles, que las decisiones ya están tomadas o que la participación funciona como un trámite legitimador. Por

ello, la participación institucional depende de condiciones como información clara, reglas comprensibles, neutralidad, trazabilidad, retorno institucional y percepción de utilidad.

En contextos de polarización, estos mecanismos pueden enfrentar barreras específicas. Las consultas, audiencias, asambleas o presupuestos participativos pueden requerir cierto grado de confianza en las instituciones y disposición a compartir espacios con personas que piensan distinto. Si el proceso se percibe como sesgado, capturado por perfiles muy politizados o incapaz de producir resultados, la disposición a participar puede verse limitada. Por ello, en este informe la participación institucional se analiza no solo como presencia o ausencia de participación, sino también como un repertorio especialmente sensible a la confianza, la neutralidad y la gestión del desacuerdo.

La participación de presión o protesta comprende formas de acción ciudadana orientadas a expresar demandas, visibilizar conflictos, reclamar cambios o influir en decisiones públicas desde fuera —o en los márgenes— de los canales institucionales ordinarios. En este informe incluye recogida de firmas, manifestaciones, boicots, huelgas, quejas formales ante la administración y contacto con cargos públicos. Aunque estas prácticas son distintas entre sí, comparten una lógica común: buscan ejercer presión, reclamar respuesta o aumentar la visibilidad de una demanda.

La literatura sobre participación política ha distinguido tradicionalmente entre formas convencionales y no convencionales de participación (Barnes y Kaase, 1979). No obstante, esta frontera se ha vuelto cada vez más difusa. Muchas prácticas antes consideradas no convencionales, como las manifestaciones o las peticiones ciudadanas, forman hoy parte del repertorio habitual de acción política en las democracias contemporáneas (Norris, 2002; Van Deth, 2014). Desde la perspectiva de la política contenciosa, la protesta puede entenderse como una forma legítima de intervención democrática cuando existen demandas no resueltas, canales institucionales percibidos como insuficientes o conflictos sociales que requieren visibilidad pública (Tilly y Tarrow, 2015).

Para esta investigación, la participación de presión resulta especialmente relevante porque permite observar una posible diferencia entre desconfianza institucional y activación política. Una persona puede desconfiar de una consulta pública o de una asamblea ciudadana, pero participar en manifestaciones, firmar peticiones, presentar quejas o contactar con representantes. Por ello, este repertorio permite analizar si ciertas formas de animosidad o conflicto político aparecen más asociadas a canales de reclamación, protesta o presión que a mecanismos institucionales clásicos.

La participación cívico-social y digital comprende prácticas mediante las cuales la ciudadanía se implica en la vida pública a través de organizaciones, redes comunitarias, acciones solidarias, apoyo económico a causas sociales y producción o difusión de contenido político en entornos digitales. En este informe incluye participación en asociaciones, voluntariado, donación a ONG o causas sociales, compartir contenido político y crear contenido político. Estas prácticas no siempre buscan incidir directamente en una decisión pública concreta, pero contribuyen a sostener causas, construir redes, visibilizar problemas y producir conversación pública.

La literatura sobre capital social ha subrayado que la participación en asociaciones y redes cívicas puede fortalecer normas de reciprocidad, cooperación y confianza interpersonal (Putnam, 2000). A su vez, las formas digitales de participación han ampliado los repertorios de acción ciudadana, reduciendo costes de expresión, difusión y organización. La acción conectiva permite que las personas compartan mensajes, adapten narrativas y participen en causas públicas sin depender necesariamente de organizaciones tradicionales (Bennett y Segerberg, 2012). Sin embargo, la participación digital también puede intensificar la exposición selectiva, la presión reputacional, la hostilidad discursiva o la fragmentación de la conversación pública.

Este tercer repertorio es importante porque permite evitar una lectura demasiado estrecha de la participación. La ciudadanía puede implicarse en causas públicas sin acudir a espacios institucionales ni participar en protestas visibles. Puede hacerlo mediante una asociación, una ONG, una

comunidad local, una campaña digital o una red de apoyo. En contextos de polarización, este repertorio permite observar si la participación se desplaza hacia espacios más afines, menos institucionalizados o de menor exposición pública.

En conjunto, estos tres repertorios permiten analizar la participación no electoral como un fenómeno plural. El informe no se pregunta únicamente si la ciudadanía participa más o menos, sino por qué canales participa y qué formas de participación aparecen más vinculadas a la afinidad, la animosidad y la polarización conflictiva. Esta distinción es clave para evitar interpretaciones lineales: la polarización no se analiza como un factor que desmoviliza o activa de manera uniforme, sino como una dimensión que puede aparecer asociada de forma distinta a cada repertorio participativo.

3.2. Afinidad y animosidad política

La polarización política no se expresa únicamente como distancia ideológica. También implica vínculos afectivos, percepciones de pertenencia, rechazo hacia actores políticos y actitudes hacia las personas que apoyan opciones distintas. Por ello, este informe distingue entre dos conceptos centrales: afinidad política y animosidad política.

La afinidad política se entiende como el vínculo positivo, la cercanía, simpatía o valoración favorable hacia partidos políticos, votantes o espacios políticos determinados. Puede expresar identificación, confianza parcial, reconocimiento del propio campo político o sentido de pertenencia. En términos analíticos, la afinidad permite observar no solo qué actores generan rechazo, sino también qué actores o electorados despiertan valoraciones positivas. Esta dimensión es importante porque la implicación política no se organiza únicamente por oposición al adversario; también puede estar relacionada con sentirse representado, reconocido o cercano a determinados espacios políticos. La literatura clásica sobre identificación partidista ya entendía el

vínculo con los partidos como una forma de apego psicológico, mientras que enfoques más recientes han destacado su dimensión expresiva e identitaria, asociada a emociones políticas, pertenencia e implicación pública (Campbell et al., 1960; Huddy et al., 2015).

La animosidad política, en cambio, remite al rechazo, la valoración negativa o la incomodidad hacia partidos, votantes o personas percibidas como políticamente alejadas. La literatura sobre polarización afectiva ha mostrado que las identidades políticas pueden funcionar como identidades sociales, generando simpatía hacia el propio grupo y rechazo hacia los grupos percibidos como adversarios (Iyengar, Sood y Lelkes, 2012; Iyengar et al., 2019). En este sentido, la animosidad no equivale simplemente a desacuerdo programático. Una persona puede discrepar de un partido o de un votante sin experimentar rechazo intenso, del mismo modo que puede desarrollar una percepción negativa del adversario que excede la diferencia ideológica concreta.

La distinción entre afinidad y animosidad permite analizar la polarización con más precisión. Una persona puede valorar positivamente a algunos partidos sin mostrar un rechazo fuerte hacia otros. También puede expresar valoraciones negativas hacia varios partidos o votantes sin tener una identificación positiva clara con ningún espacio político. Por ello, este informe evita tratar la polarización afectiva como una única escala de “más” o “menos” polarización. En su lugar, diferencia entre vínculos positivos y vínculos negativos, y analiza cómo cada uno aparece asociado a distintos repertorios de participación.

Esta separación también es relevante para interpretar la participación ciudadana. La afinidad puede estar asociada a formas de implicación basadas en pertenencia, confianza o identificación con causas, organizaciones o instituciones percibidas como cercanas. La animosidad puede aparecer vinculada a repertorios más expresivos, contenciosos o de presión, especialmente cuando el rechazo hacia determinados actores políticos se combina con percepción de amenaza, indignación o desconfianza. No obstante, el informe mantiene una formulación asociativa: no se afirma que la afinidad o

la animosidad causen participación, sino que se analiza si aparecen relacionadas con determinados tipos de participación no electoral.

En sistemas multipartidistas, esta distinción adquiere especial importancia. La polarización afectiva no se organiza necesariamente en torno a dos partidos, sino que puede distribuirse entre varios actores, bloques ideológicos, electorados o clivajes territoriales (Reiljan, 2020; Wagner, 2024). En el caso español, la valoración de partidos y votantes puede combinar afinidades selectivas, rechazos múltiples y posiciones de neutralidad. Por ello, el informe trabaja tanto con valoraciones específicas hacia partidos y votantes como con perfiles agregados que permiten observar si en una persona predomina la afinidad positiva, la neutralidad, la animosidad negativa o una combinación mixta.

3.3. Tipos de polarización analizados en el informe

El informe utiliza una concepción multidimensional de la polarización. Esto significa que no se limita a medir la ubicación ideológica de las personas, sino que incorpora varias dimensiones: vertical, horizontal, conflictiva o relacional, e informativa. Estas dimensiones no son compartimentos cerrados; pueden solaparse y reforzarse entre sí. Sin embargo, diferenciarlas permite analizar mejor qué tipo de polarización aparece asociada a cada repertorio de participación. Esta aproximación se apoya en la literatura sobre polarización afectiva y social, que ha mostrado que la polarización no se reduce a distancia ideológica, sino que también incluye emociones, identidades, percepciones sobre el adversario y formas de relación cotidiana (Iyengar, Sood y Lelkes, 2012; Iyengar et al., 2019; Mason, 2018).

La polarización vertical se refiere a las valoraciones, emociones o actitudes que la ciudadanía expresa hacia actores políticos organizados, especialmente partidos políticos. En este informe se aproxima mediante las impresiones hacia distintos partidos. Esta dimensión permite observar afinidad o

animosidad hacia organizaciones políticas, líderes, trayectorias institucionales o espacios ideológicos. Su relevancia reside en que la ciudadanía puede evaluar de forma muy distinta a los partidos y a quienes los votan. Rechazar a un partido no implica necesariamente rechazar a sus votantes.

Esta distinción entre sentimientos hacia partidos o élites y sentimientos hacia ciudadanía es relevante en la literatura reciente. Areal y Hartevelde (2024) diferencian entre polarización afectiva vertical, dirigida hacia partidos o élites políticas, y polarización afectiva horizontal, dirigida hacia votantes o grupos ciudadanos. Esta separación permite evitar una lectura excesivamente general de la polarización afectiva y analizar si el rechazo se concentra en actores políticos organizados o se extiende hacia las personas que los apoyan.

La polarización horizontal se refiere precisamente a la valoración de otros grupos de ciudadanía, especialmente votantes de partidos distintos. En este informe se analiza mediante las impresiones hacia votantes y mediante preguntas sobre comodidad o incomodidad ante una persona cercana que votara a un partido muy alejado de las propias ideas. Esta dimensión conecta la polarización con la convivencia democrática, porque no se limita a evaluar partidos, sino que observa cómo se percibe a las personas que sostienen preferencias políticas distintas. La literatura sobre polarización afectiva ha destacado que el rechazo político puede trasladarse desde los partidos hacia los grupos sociales que los apoyan, convirtiendo la política en una división de pertenencia entre "nosotros" y "ellos" (Iyengar et al., 2019; Mason, 2018; Reiljan, 2020).

La polarización horizontal es especialmente importante para el estudio de la participación ciudadana porque muchos mecanismos participativos implican compartir espacios con otras personas. Una asamblea ciudadana, una audiencia pública o un presupuesto participativo no solo son procedimientos institucionales; también son situaciones sociales en las que se escucha, se debate, se negocia o se convive con personas que pueden tener intereses y valores diferentes. Si la diferencia política se percibe como una fuente de incomodidad, amenaza o desconfianza, la disposición a participar

en espacios plurales puede verse limitada. En cambio, si se mantiene una percepción básica de buena fe del adversario, el desacuerdo puede ser más compatible con la deliberación democrática. Esta tensión entre participación, deliberación y exposición a puntos de vista distintos ha sido señalada por la literatura sobre deliberación y participación política (Mutz, 2006; Fishkin, 2009; OECD, 2020).

La polarización conflictiva o relacional se refiere a las experiencias concretas mediante las cuales el conflicto político afecta la vida cotidiana. Esta dimensión permite pasar de las actitudes a las prácticas: no solo qué impresión generan partidos o votantes, sino qué ocurre en conversaciones, relaciones personales, grupos de mensajería o entornos informativos. En este informe se analiza a partir de variables como evitar hablar de política para no discutir, haber tenido una discusión fuerte por política, haber dejado de hablar con alguien, haber abandonado grupos de WhatsApp o Telegram por discusiones políticas y haber evitado medios o fuentes por no encajar con las propias ideas. Esta forma de aproximación conecta con los estudios que entienden la polarización como una experiencia social e identitaria que puede afectar la confianza, las relaciones interpersonales y la forma en que las personas se relacionan con quienes piensan distinto (Mason, 2018; Iyengar et al., 2019; Torcal, 2022).

Esta dimensión es central porque permite observar la polarización como experiencia vivida. No toda diferencia política se traduce en conflicto relacional. En una democracia pluralista, el desacuerdo puede convivir con respeto, cooperación y reconocimiento mutuo. Sin embargo, cuando la política atraviesa relaciones personales, conversaciones familiares, grupos de amistades o espacios laborales, puede generar dinámicas de evitación, silencio, ruptura o cierre sobre entornos afines. La polarización conflictiva permite analizar precisamente esa traducción del desacuerdo político en prácticas cotidianas.

Para el análisis de la participación, la polarización conflictiva resulta especialmente relevante. Una persona que evita hablar de política para no discutir

puede sentirse menos cómoda en espacios deliberativos abiertos. Quien ha tenido discusiones fuertes puede preferir canales de baja exposición, formatos digitales o mecanismos donde las reglas de moderación sean claras. Quien ha abandonado grupos de mensajería por discusiones políticas puede mostrar mayor sensibilidad hacia el ambiente del proceso, la composición del grupo o la protección frente a dinámicas hostiles. Al mismo tiempo, estas experiencias de conflicto pueden aparecer asociadas a mayores niveles de participación en repertorios de presión, protesta o expresión digital. Por eso, el informe analiza estas variables tanto de manera individual como a través de una lectura agregada del conflicto político.

La polarización informativa se refiere a la selección, evitación o preferencia por determinados entornos mediáticos e informativos en función de la afinidad política. En este informe se aborda de forma acotada a partir de la evitación de medios o fuentes por no representar las propias ideas. Esta variable no agota el análisis de la polarización mediática, pero permite observar una práctica relevante: la tendencia a reducir la exposición a discursos percibidos como ajenos, sesgados o contrarios. La literatura sobre comunicación política ha señalado que los entornos digitales pueden facilitar tanto la participación como la exposición selectiva, la circulación de discursos afines y la fragmentación de la conversación pública (Bennett y Segerberg, 2012; Sunstein, 2001; Iyengar et al., 2019).

Sin embargo, este informe no desarrolla todavía un capítulo específico sobre polarización de medios. La dimensión informativa se incorpora como parte de las experiencias de evitación y selección de fuentes, mientras que el análisis más detallado sobre percepción de polarización mediática y polarización efectivamente medida se reserva para una fase posterior de la investigación.

La diferenciación entre polarización vertical, horizontal, conflictiva e informativa tiene una consecuencia metodológica importante: el informe no trata la polarización como una variable única. Las valoraciones hacia partidos, las valoraciones hacia votantes, la incomodidad ante el voto muy alejado, la percepción de buena fe, las discusiones políticas, las rupturas relacionales

y la evitación informativa pueden asociarse de manera diferente con la participación. Por ello, el análisis evita afirmar que "la polarización" en general se vincula de una sola forma con la participación ciudadana. En su lugar, pregunta qué dimensiones concretas aparecen más relacionadas con cada repertorio participativo.

Esta aproximación también permite formular una hipótesis de trabajo más precisa: la polarización no aparece necesariamente asociada a una retirada participativa lineal. Determinadas formas de afinidad, animosidad o conflicto pueden relacionarse con mayores niveles de participación, pero esa participación puede expresarse con más fuerza en algunos canales que en otros. En particular, el informe explora si la polarización conflictiva aparece más vinculada a repertorios de presión, protesta, queja, expresión digital o participación cívico-social que a espacios institucionales clásicos. Esta formulación mantiene una lectura prudente y asociativa: no se afirma que la polarización produzca participación, sino que se analizan patrones empíricos de relación entre dimensiones de polarización y repertorios participativos.

4.

Resultados de la investigación: La participación no electoral en España canales y repertorios

4.1. La ciudadanía participa, pero no siempre por canales institucionales

Los datos de la encuesta muestran que la participación ciudadana no electoral en España no desaparece entre elecciones, pero se expresa de forma desigual según el tipo de canal. La ciudadanía declara participar con mayor frecuencia en repertorios de presión, protesta o apoyo a causas sociales que en mecanismos institucionales promovidos por las administraciones públicas. Esta diferencia es relevante porque indica que la implicación ciudadana no depende únicamente de la existencia de canales formales, sino también de su visibilidad, accesibilidad, utilidad percibida y capacidad para conectar con demandas concretas. Esto no implica que los mecanismos institucionales sean irrelevantes, sino que ocupan un lugar más limitado dentro del repertorio participativo declarado. En otras palabras, la participación existe, pero se organiza de manera desigual entre canales.

En términos generales, las prácticas más extendidas en la encuesta son aquellas que requieren menor intermediación institucional o que se activan ante causas específicas. La recogida de firmas aparece como el mecanismo más frecuente, con un 68,4% de participación declarada, seguida de la manifestación o concentración, con un 60,8%. También presentan niveles elevados la donación a ONG o causas sociales, con un 50,4%, la presentación de quejas a la administración, con un 48,8%, la participación en asociaciones,

con un 42,6%, y el boicot o huelga, con un 41,1%. En cambio, las formas más institucionalizadas presentan niveles más bajos: consulta pública, 24,0%; presupuestos participativos, 23,5%; audiencia pública, pleno o reunión con responsables públicos, 23,4%; y asambleas ciudadanas, foros deliberativos o jurados ciudadanos, 14,7%.

La comparación con datos externos refuerza esta lectura, aunque debe hacerse con cautela porque las preguntas, los periodos de referencia y las metodologías no son idénticos. En el estudio del CIS sobre participación política de diciembre de 2024, el 22,5% de las personas encuestadas declaró haber participado en alguna iniciativa sobre cuestiones públicas durante los últimos doce meses. En la misma encuesta, las formas de participación más frecuentes en el último año fueron donar o recaudar dinero para alguna causa, con un 44,1%; comprar ciertos productos por razones políticas, éticas o medioambientales, con un 37,6%; boicotear o dejar de comprar productos por razones políticas, éticas o medioambientales, con un 36,2%; colaborar con algún grupo o asociación, con un 32,1%; hablar o tratar de convencer a alguien sobre opiniones políticas, con un 31,4%; y firmar una petición o recogida de firmas, con un 30,4%. También aparecen asistir a una manifestación, con un 21,5%; contactar con algún político o funcionario público, con un 17,9%; asistir a una reunión o consulta local organizada en el municipio, con un 17,8%; participar en una huelga, con un 9,6%; y participar en un blog, foro o grupo de discusión política en Internet, con un 9,4%.

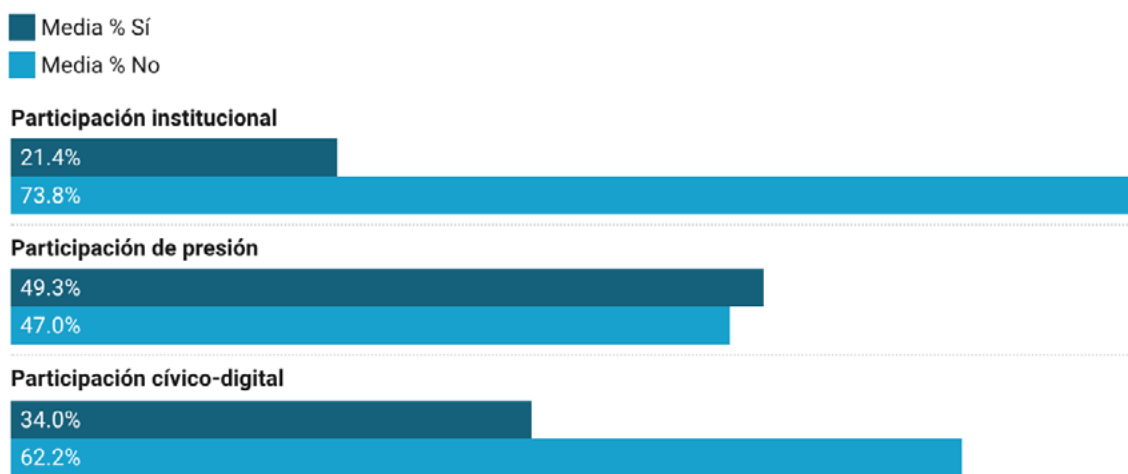
Aunque los datos no son directamente equivalentes, la comparación apunta en una dirección similar: las prácticas de baja intermediación institucional, de apoyo a causas, presión o expresión política tienden a ocupar un lugar más visible que los mecanismos institucionales de consulta o deliberación..

Esta primera fotografía permite situar el resto del análisis. La pregunta no es únicamente cuánta gente participa, sino **a través de qué repertorios**. La participación institucional parece más limitada y ocasional; la participación de presión aparece más extendida y asociada a demandas concretas; y la participación cívico-social y digital ocupa un espacio intermedio,

combinando prácticas de apoyo, pertenencia, expresión y movilización. Esta distinción será clave para analizar posteriormente cómo la afinidad política, la animosidad y la polarización conflictiva aparecen asociadas a cada tipo de participación no electoral.

En promedio, la participación de presión es el repertorio más extendido, con un 49,3% de participación declarada, seguida de la participación cívico-digital, con un 34,0%, y de la participación institucional, con un 21,4%. Esto confirma que la participación no electoral está presente, pero se canaliza con más fuerza a través de mecanismos de presión, apoyo social y expresión digital que mediante espacios institucionales clásicos.

Resumen por tipología de participación



Created with Datawrapper

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

4.2. Participación institucional: un repertorio minoritario y socialmente desigual

La participación institucional aparece como el repertorio menos extendido dentro de las formas de participación no electoral analizadas. Los mecanismos con mayor participación declarada son la consulta pública, con un 24,0%, los presupuestos participativos, con un 23,5%, y la asistencia a audiencias públicas, plenos municipales o reuniones con responsables públicos, con un 23,4%. En cambio, la participación en asambleas ciudadanas, foros deliberativos o jurados ciudadanos se sitúa en un nivel más bajo, con un 14,7%.

Estos datos muestran que los mecanismos institucionales tienen presencia, pero no alcanzan a la mayoría de la ciudadanía. Incluso los canales más conocidos o accesibles —consultas, audiencias y presupuestos participativos— se mantienen alrededor de una cuarta parte de la muestra. Las asambleas ciudadanas, que suelen exigir mayor implicación, deliberación o interacción con otras personas, presentan una participación más reducida. Esto sugiere que la participación institucional aparece más limitada que otros repertorios de participación no electoral, posiblemente por una combinación de menor conocimiento, menor visibilidad, mayores costes de tiempo, dudas sobre su utilidad o falta de familiaridad con estos procesos.

La lectura sociodemográfica apunta a una participación institucional desigual. Los hombres declaran niveles más altos que las mujeres en todos los mecanismos analizados, especialmente en consultas públicas y audiencias. También se observa una diferencia clara por edad: las personas de 55 a 70 años presentan los porcentajes más altos en consultas públicas y audiencias, mientras que los jóvenes de 18 a 24 años aparecen sistemáticamente entre los grupos con menor participación. En presupuestos participativos, la diferencia generacional es algo menos lineal, aunque los jóvenes siguen situándose por debajo de los grupos de edad intermedia y adulta.

El nivel educativo también introduce diferencias relevantes. Las personas con estudios superiores, especialmente quienes tienen máster o estudios universitarios de tercer grado, tienden a declarar mayor participación en consultas públicas y presupuestos participativos. Este patrón sugiere que la participación institucional puede estar más presente entre perfiles con mayor familiaridad con procedimientos administrativos, mayor capital educativo o más recursos para identificar y utilizar estos canales. En cambio, los estudiantes y algunos perfiles con menor nivel educativo muestran porcentajes más bajos en varios mecanismos.

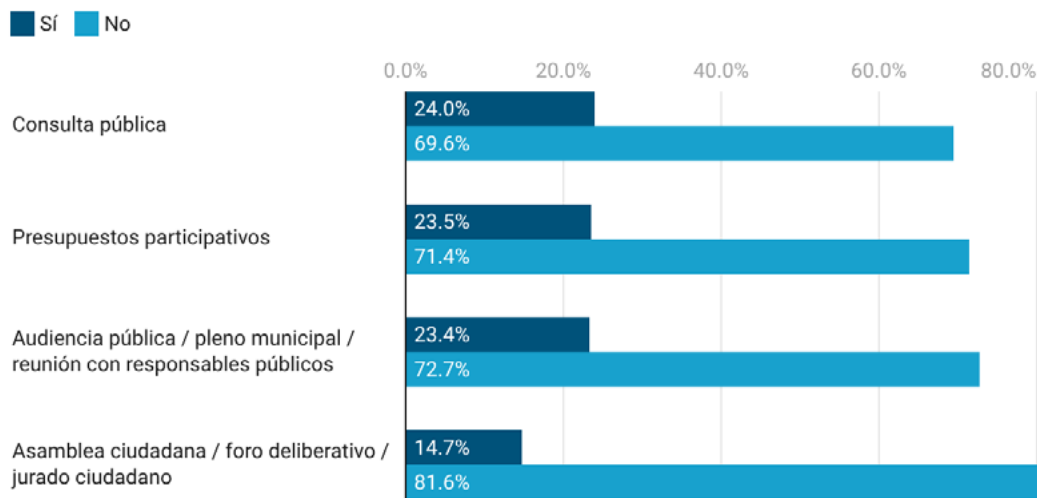
Por situación laboral, las personas retiradas o pensionistas presentan niveles relativamente altos en audiencias públicas y asambleas ciudadanas, mientras que los estudiantes muestran una participación especialmente baja en todos los mecanismos institucionales. Esta diferencia puede estar relacionada con la disponibilidad de tiempo, la experiencia previa de relación con instituciones o el grado de conocimiento de estos espacios. En términos de ingresos, el patrón no es completamente lineal, aunque algunos tramos medios-altos y altos muestran porcentajes más elevados en consultas públicas y presupuestos participativos. No obstante, estos datos deben interpretarse con cautela, especialmente en los tramos de ingresos con menor número de casos.

Los resultados apuntan a que la participación institucional no solo es minoritaria, sino que también aparece más asociada a determinados perfiles: hombres, personas adultas o mayores, niveles educativos más altos y perfiles con mayor disponibilidad o familiaridad institucional. Esto refuerza una idea importante para el diseño participativo: no basta con abrir canales formales de participación; también es necesario hacerlos comprensibles, visibles, accesibles y útiles para perfiles menos habituados a interactuar con la administración.

Desde el punto de vista ideológico, la participación institucional aparece algo más alta entre perfiles ideológicamente definidos que entre quienes se ubican en el centro. Esta diferencia no debe interpretarse como una relación

causal entre ideología y participación, sino como una asociación descriptiva que puede estar vinculada a distintos niveles de politización, interés por los asuntos públicos o familiaridad con mecanismos participativos.

Participación Institucional



Created with Datawrapper

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

Participación Institucional por autoubicación ideológica

Izquierda Centro izquierda Centro Centro derecha Derecha

Consulta pública



Audiencia pública / pleno municipal / reunión con responsables públicos



Asamblea ciudadana / foro deliberativo / jurado ciudadano



Presupuestos participativos



Created with Datawrapper

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

4.3. Participación de presión: firmas, manifestaciones, boicots, quejas y contacto con cargos públicos

La participación de presión aparece como el repertorio más extendido dentro de las formas de participación no electoral analizadas. A diferencia de la participación institucional, que se sitúa en niveles más bajos, varias prácticas de presión, protesta o reclamación alcanzan porcentajes claramente superiores. La acción más frecuente es firmar una petición o recogida de firmas, con un 68,4% de participación declarada alguna vez, seguida de participar en una manifestación o concentración, con un 60,8%. También destacan la presentación de quejas o sugerencias a la administración, con un 48,8%, y el boicot o huelga, con un 41,1%. Contactar con un cargo público es la práctica menos frecuente del bloque, con un 27,5%, aunque se mantiene en niveles similares o superiores a varios mecanismos institucionales.

Estos datos sugieren que la ciudadanía participa con mayor frecuencia cuando los mecanismos son más reconocibles, accesibles o directamente orientados a expresar una demanda. Firmar una petición, acudir a una manifestación, presentar una queja o sumarse a un boicot son acciones que pueden percibirse como más directas y menos burocráticas que una consulta pública.

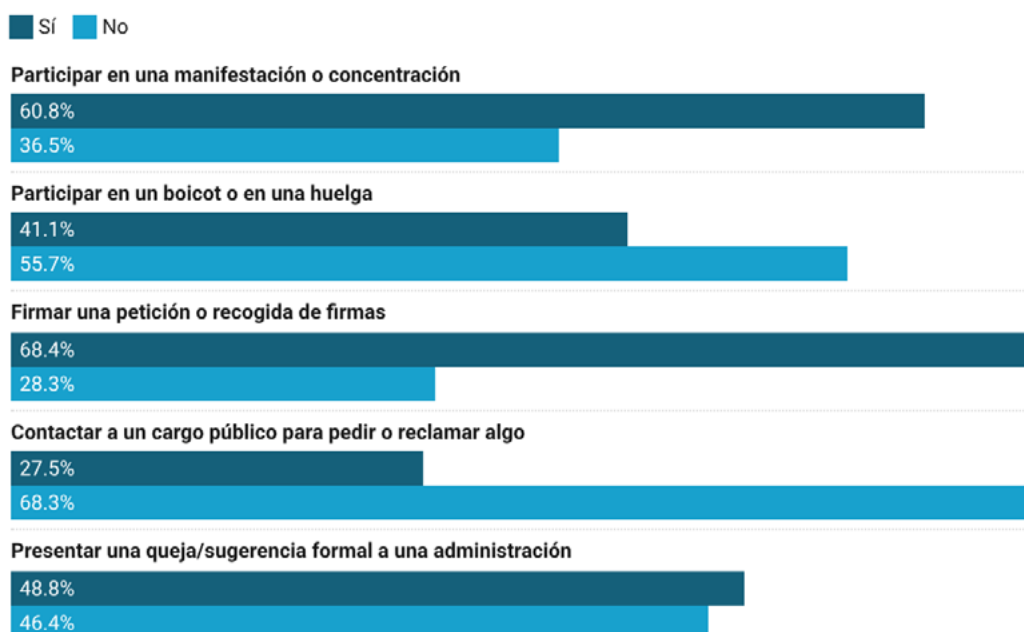
Dentro de este bloque también existen diferencias importantes. Las firmas y las manifestaciones son las prácticas más extendidas, probablemente porque combinan visibilidad pública, reconocimiento social y relativa facilidad de acceso. El boicot o la huelga ocupan una posición intermedia, ya que pueden implicar mayores costes personales, laborales, económicos o simbólicos. Contactar con cargos públicos y presentar quejas formales, aunque también son formas de presión, requieren más información, iniciativa individual y familiaridad con canales institucionales o administrativos.

El perfil sociodemográfico de la participación de presión es más amplio que el de la participación institucional, pero no está exento de desigualdades. Los hombres declaran niveles más altos que las mujeres en todos

los mecanismos analizados, con diferencias especialmente visibles en el contacto con cargos públicos y en la presentación de quejas a la administración. Por edad, las personas adultas y mayores presentan porcentajes más altos en varias prácticas, especialmente manifestaciones, recogida de firmas y quejas. En cambio, los jóvenes de 18 a 24 años aparecen con menor participación en mecanismos que requieren más experiencia o conocimiento administrativo, como contactar con cargos públicos o presentar quejas formales.

En conjunto, la participación de presión muestra que la ciudadanía no está necesariamente retirada de la vida pública, sino que tiende a implicarse más a través de canales orientados a reclamar, protestar, apoyar causas o expresar desacuerdo. La diferencia con la participación institucional refuerza una idea central del informe: la participación no electoral no se distribuye de manera uniforme entre mecanismos. Algunas personas pueden no acudir a espacios institucionales de consulta o deliberación, pero sí participar activamente mediante firmas, manifestaciones, boicots, quejas o contacto con representantes.

Participación de Presión



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

4.4. Participación cívico-social y digital: asociaciones, ONG, voluntariado y expresión política online

La participación cívico-social y digital ocupa una posición intermedia dentro de los repertorios de participación no electoral. Es más frecuente que la participación institucional, pero menos extendida que las principales formas de presión, como la recogida de firmas o la manifestación. Este bloque permite observar formas de implicación menos asociadas a canales administrativos o a la protesta directa, y más vinculadas al apoyo a causas, la vida asociativa, la solidaridad organizada y la expresión política en entornos digitales.

Dentro de este repertorio, las prácticas más extendidas son las de carácter cívico-social. La acción más frecuente es donar dinero a una ONG o a alguna causa, con un 50,4% de participación declarada. Le siguen la participación en asociaciones —vecinales, ONG, AMPAs, sindicatos u otro tipo de entidades—, con un 42,6%, y el voluntariado en una causa pública o social, con un 33,4%. Estos datos muestran que una parte relevante de la ciudadanía se implica en asuntos públicos a través de formas cotidianas de apoyo, colaboración comunitaria o compromiso con organizaciones sociales.

La participación digital política presenta niveles más bajos. Compartir contenido político en redes con intención de movilizar o concienciar alcanza el 28,8%, mientras que crear contenido político propio se sitúa en el 14,6%, siendo la práctica menos frecuente del bloque. Esta diferencia es relevante porque no todas las formas de participación digital implican el mismo grado de exposición. Compartir contenido supone una implicación más accesible y de menor coste, mientras que crear contenido propio exige mayor elaboración, posicionamiento público y visibilidad personal.

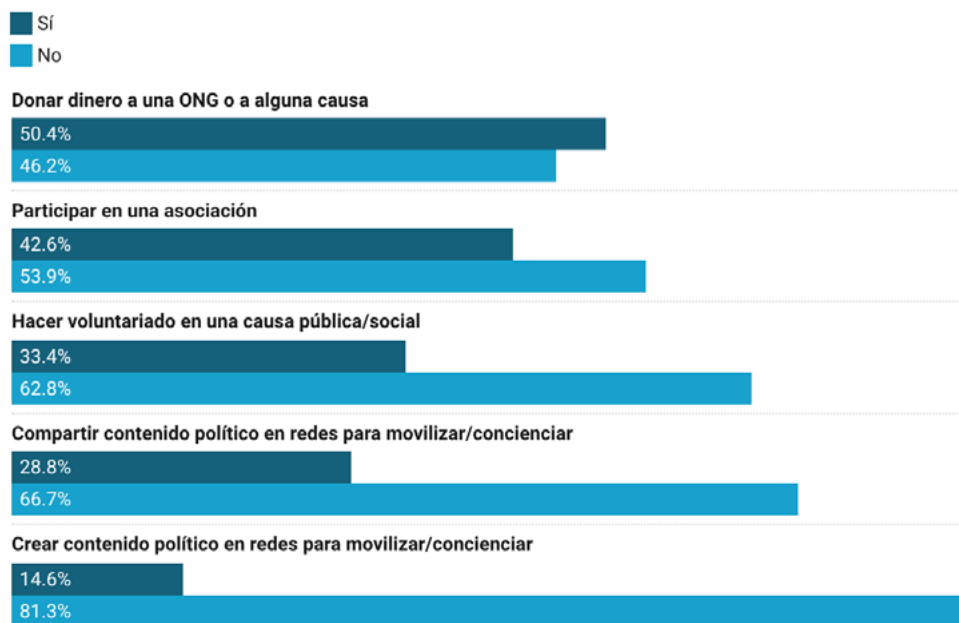
Comparada con la participación institucional, la participación cívico-social tiene un alcance mayor. Donar a ONG, participar en asociaciones o hacer voluntariado superan claramente los niveles observados en consultas públicas, audiencias, asambleas ciudadanas o presupuestos participativos. Esto sugiere que muchas personas pueden sentirse más próximas a espacios

sociales, comunitarios o de apoyo a causas que a mecanismos formales promovidos por administraciones públicas. La participación no electoral, por tanto, no se expresa únicamente en procesos institucionales: también se sostiene en organizaciones, redes comunitarias, causas sociales y prácticas digitales.

Al mismo tiempo, este repertorio no debe confundirse con una participación necesariamente menos política. Donar, asociarse, hacer voluntariado, compartir contenido o crear mensajes políticos pueden contribuir a visibilizar problemas públicos, sostener demandas colectivas, construir redes de apoyo y ampliar la conversación social. En algunos casos, estas prácticas pueden estar vinculadas a motivaciones solidarias o comunitarias; en otros, pueden aparecer asociadas a afinidades políticas, causas ideológicas o experiencias de conflicto público.

En conjunto, los resultados muestran tres niveles diferenciados de participación no electoral. La participación de presión aparece como la más extendida, especialmente a través de firmas y manifestaciones. La participación cívico-social y digital ocupa un espacio intermedio, con mayor peso de las prácticas comunitarias y de apoyo social que de la expresión política digital. La participación institucional, especialmente la deliberativa, sigue siendo la menos frecuente. Esta distribución refuerza una idea central del informe: la ciudadanía participa de forma desigual según el canal, el coste percibido, la exposición pública y la conexión del mecanismo con causas o problemas concretos.

Participación Cívico-digital



Created with Datawrapper

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

4.5. Perfiles que más diferencian los repertorios de participación

La comparación entre mecanismos muestra que la participación no electoral no se distribuye de forma homogénea entre perfiles sociodemográficos. En términos generales, los hombres declaran más participación que las mujeres en la mayoría de mecanismos, aunque la brecha es más clara en la participación institucional y en algunas formas de presión administrativa, como contactar con cargos públicos o presentar quejas. La edad también introduce diferencias relevantes: las personas adultas y mayores aparecen más asociadas a la participación institucional, a las quejas administrativas, a la participación asociativa y a las donaciones, mientras que los jóvenes presentan niveles más bajos en los canales institucionales y administrativos, pero mayor presencia relativa en la participación digital política, especialmente compartir y crear contenido político en redes.

El nivel educativo y los ingresos también ayudan a entender algunas diferencias. Los perfiles con estudios superiores destacan en mecanismos institucionales, participación asociativa, donación, voluntariado y expresión política digital. Esto sugiere que ciertos canales requieren más recursos, información, confianza o familiaridad con los procedimientos. En cambio, las firmas y las manifestaciones aparecen como prácticas más transversales, aunque también muestran diferencias por edad, educación e ideología. En conjunto, los datos apuntan a que no existe un único perfil participativo: cada repertorio parece atraer a perfiles distintos según sus costes, su grado de exposición pública, su cercanía con instituciones y su orientación más comunitaria, digital o de presión.

Variable	Diferencia más relevante	Mecanismos donde se observa con más claridad
Sexo	Los hombres declaran mayor participación en la mayoría de mecanismos.	Consulta pública: hombres 31,3% / mujeres 20,3%. Audiencia: 30,2% / 18,7%. Contactar cargo público: 33,6% / 24,0%. Quejas: 57,4% / 45,5%.
Edad	Los adultos mayores participan más en canales institucionales, asociativos y administrativos.	Consulta pública: 18-24 años 14,0% / 55-70 años 34,8%. Quejas: 32,0% / 59,7%. Asociación: 25,0% / 51,0%. Donación: 38,0% / 58,4%.
Situación laboral	Estudiantes aparecen con baja participación institucional y administrativa; pensionistas destacan en algunos canales presenciales o institucionales.	Audiencia pública: estudiantes 11,2% / pensionistas 34,3%. Asamblea ciudadana: estudiantes 5,4% / pensionistas 20,8%.
Nivel educativo	Los estudios superiores se asocian con mayor participación en varios repertorios.	Consulta pública: máster 36,9%. Presupuestos participativos: máster 37,1%. Donación: doctorado 71,4% y máster 61,4%. Voluntariado: doctorado 51,4% y máster 44,4%.
Ingresos	No hay un patrón completamente lineal, pero algunos tramos medios-altos y altos destacan en mecanismos de más recursos o información.	Manifestación: 3501-4000 € 76,0%. Firmas: 3501-4000 € 80,2%. Quejas: 4001-5000 € 65,3%. Donación: 3501-4000 € 68,4%.
Autoubicación ideológica	La izquierda aparece como el perfil más participativo en mecanismos de presión, cívico-sociales y digitales; el centro suele estar menos activado.	Manifestación: izquierda 84,0% / centro 56,0% / derecha 50,6%. Boicot/huelga: izquierda 64,0% / centro 30,5% / derecha 31,0%. Compartir contenido político: izquierda 47,7% / centro 15,7% / derecha 31,7%.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

La comparación entre los tres repertorios muestra que la participación no electoral en España no desaparece entre elecciones, sino que se expresa de forma desigual según el tipo de canal.

Esta distribución permite matizar la idea de desafección ciudadana. Una menor participación en canales institucionales no implica necesariamente ausencia de implicación pública, sino una orientación más frecuente hacia mecanismos percibidos como más accesibles, visibles, cotidianos o conectados con demandas concretas. El reto, por tanto, no consiste solo en aumentar la participación en abstracto, sino en comprender qué condiciones y factores hacen que unos canales resulten más utilizados que otros: animosidad y afinidad política, facilidad de acceso, confianza, exposición pública, claridad de reglas, retorno de resultados y conexión con problemas relevantes.

5.

Afinidad política y participación

El capítulo anterior mostró que la participación no electoral no se distribuye de forma homogénea: la participación de presión aparece como el repertorio más extendido, la cívico-social y digital ocupa una posición intermedia, y la institucional es la menos frecuente. A partir de esa base, este capítulo analiza si las valoraciones positivas hacia partidos y votantes aparecen asociadas a mayores o menores niveles de participación en cada repertorio. La lectura se mantiene en términos asociativos: el informe no afirma que la afinidad cause participación, sino que examina qué perfiles de valoración positiva aparecen más vinculados a determinados canales participativos.

5.1. Afinidad hacia partidos políticos

La afinidad hacia partidos políticos se analiza a partir del número de partidos valorados positivamente por cada persona en la encuesta. Este indicador permite observar hasta qué punto existe una relación positiva con actores del sistema partidista, más allá de la identificación con un partido concreto. En términos generales, la afinidad partidista es limitada en todos los grupos ideológicos: ningún grupo llega, de media, a valorar positivamente a tres de los partidos analizados. Esto indica que la relación de la ciudadanía con los partidos está más marcada por la distancia o la crítica que por la valoración positiva amplia.

La izquierda es el grupo que presenta mayor afinidad partidista, con una media de 2,42 partidos valorados positivamente. Le sigue la derecha, con 1,64 partidos positivos de media, mientras que el centro izquierda se sitúa en 1,30 y el centro derecha en 0,89.

El centro registra la media más baja, con apenas 0,45 partidos valorados positivamente. Este dato es relevante porque matiza la imagen del centro como espacio necesariamente más abierto o reconciliado con el sistema político. En estos resultados, el centro aparece más bien como un grupo de baja identificación positiva hacia partidos.

La relación entre afinidad partidista y participación muestra un patrón claro: los perfiles donde hay mayor afinidad hacia partidos declaran mayores niveles de participación en los tres repertorios analizados. En participación institucional, este perfil alcanza los porcentajes más altos en consulta pública, asamblea ciudadana y presupuestos participativos. Por ejemplo, el 37,5% de quienes presentan mayor afinidad hacia partidos ha participado en consultas públicas, frente al 24,1% de quienes presentan una mayor animosidad. En presupuestos participativos, la diferencia también es clara: 34,4% entre quienes tienen mayor afinidad, frente al 24,3% entre quienes tienen mayor animosidad .

Perfil hacia partidos	Consulta pública	Audiencia pública	Asamblea ciudadana	Presupuestos participativos
Predomina afinidad	37,5%	26,4%	22,2%	34,4%
Predomina neutralidad	27,2%	25,7%	16,1%	24,1%
Predomina animosidad	24,1%	24,3%	14,6%	24,3%
Perfil mixto	25,0%	20,4%	13,9%	22,6%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

Este patrón no se limita a la participación institucional. En la participación de presión, quienes presentan mayor afinidad hacia partidos también muestran los niveles más altos en recogida de firmas, manifestaciones, boicot o huelga, quejas a la administración y contacto con cargos públicos. Destacan especialmente la recogida de firmas, con un 81,5%, las manifestaciones, con un 77,4%, y el boicot o huelga, con un 62,9%. Esto sugiere que la afinidad partidista no se vincula únicamente con canales formales o institucionales, sino con una mayor implicación participativa general.

Perfil hacia partidos	Recogida de firmas	Manifestación	Boicot / huelga	Queja a la administración	Contactar cargo público
Predomina afinidad	81,5%	77,4%	62,9%	59,8%	33,3%
Predomina neutralidad	71,0%	66,3%	47,2%	47,3%	26,4%
Predomina animosidad	70,1%	60,3%	38,4%	52,3%	29,3%
Perfil mixto	67,4%	58,9%	46,4%	47,7%	27,0%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

En el bloque cívico-social y digital ocurre algo similar. El perfil con mayor afinidad hacia partidos presenta los niveles más altos en participación en asociaciones, voluntariado, donación a ONG, compartir contenido político y crear contenido político. La diferencia es especialmente clara en participación asociativa, donde alcanza el 62,0%, frente al 43,5% entre quienes presentan mayor animosidad. También destaca en compartir contenido político, con un 53,4%, frente al 28,8% y en crear contenido político, con un 25,6%, frente al 13,9%.

Perfil hacia partidos	Participación en asociación	Voluntariado	Donar a ONG	Compartir contenido político	Crear contenido político
Predomina afinidad positiva	62,0%	44,4%	66,7%	53,4%	25,6%
Predomina neutralidad	43,5%	38,9%	55,3%	29,0%	17,2%
Predomina animosidad negativa	43,5%	32,5%	49,1%	28,8%	13,9%
Perfil mixto	38,1%	34,5%	56,6%	26,5%	13,0%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

La afinidad hacia partidos aparece asociada a una participación más intensa y más variada. Esto no debe interpretarse como una relación causal, ni como una prueba de que valorar positivamente a partidos produzca mayor participación. La lectura más prudente es que quienes mantienen algún tipo de vínculo positivo con partidos parecen estar más conectados con la vida política en general y participan más en distintos canales, tanto institucionales como de presión, cívico-sociales y digitales.

5.2. Afinidad hacia votantes

La afinidad hacia votantes permite observar una dimensión distinta: no se trata de valorar a los partidos como organizaciones políticas, sino a las personas que los votan. Esta diferencia es importante porque permite distinguir entre la relación con actores partidistas y la relación con otros grupos de ciudadanía. En términos conceptuales, esta dimensión se aproxima a la polarización horizontal: la forma en que se percibe a quienes apoyan opciones políticas distintas.

Los datos muestran que la afinidad hacia votantes también es baja en todos los grupos ideológicos. La izquierda vuelve a presentar la media más alta, con 2,62 grupos de votantes valorados positivamente. Le siguen la derecha, con 1,60; el centro izquierda, con 1,34; el centro derecha, con 0,78; y el centro, con 0,47. De nuevo, el centro aparece como el grupo con menor afinidad, esta vez no solo hacia partidos, sino también hacia votantes.

Ideología	Media de grupos de votantes valorados positivamente
Izquierda	2,62
Centro izquierda	1,34
Centro	0,47
Centro derecha	0,78
Derecha	1,60

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

El perfil dominante hacia votantes muestra algunos matices relevantes. Dentro de la izquierda, el 19,1% presenta una mayor afinidad hacia votantes, es decir más de 5 partidos valorados positivamente, el porcentaje más alto entre todos los grupos. En el centro izquierda, este perfil baja al 8,6%; en el centro, al 0,7%; en el centro derecha, al 3,5%; y en la derecha, al 4,2%. Esto confirma que la afinidad hacia votantes de otros partidos sigue siendo limitada.

Ideología	Predomina afinidad	Predomina neutralidad	Predomina animosidad	Perfil mixto
Izquierda	19,1%	33,8%	32,8%	14,3%
Centro izquierda	8,6%	43,7%	37,9%	9,8%
Centro	0,7%	41,6%	45,0%	12,7%
Centro derecha	3,5%	33,9%	53,0%	9,6%
Derecha	4,2%	15,5%	74,9%	5,4%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

Al cruzar estos perfiles con la participación, se observa que quienes presentan mayor afinidad hacia votantes muestran mayores niveles de participación institucional. Este grupo alcanza los porcentajes más altos en consulta pública, audiencia pública, asamblea ciudadana y presupuestos participativos. Por ejemplo, el 34,4% de quienes presentan mayor afinidad hacia votantes ha participado en consultas públicas, frente al 24,4% de quienes presentan mayor animosidad. En presupuestos participativos, la diferencia es todavía más clara: 36,4% frente al 24,4%.

Perfil hacia votantes	Consulta pública	Audiencia pública	Asamblea ciudadana	Presupuestos participativos
Predomina afinidad	34,4%	29,3%	23,4%	36,4%
Predomina neutralidad	26,7%	27,6%	16,4%	22,6%
Predomina animosidad	24,4%	23,3%	14,1%	24,4%
Perfil mixto	21,7%	16,6%	11,4%	23,6%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

Este resultado es especialmente importante porque la afinidad hacia votantes mide una relación más social u horizontal que la afinidad hacia partidos. La participación institucional, especialmente cuando implica deliberación, consulta o interacción con otras personas, puede estar más asociada a perfiles que mantienen una valoración positiva o neutral de otros electorados. Dicho de forma prudente: quienes valoran positivamente a más grupos de votantes aparecen más presentes en canales institucionales de participación.

En la participación de presión, la afinidad hacia votantes también se asocia con mayores niveles de participación. Los perfiles con mayor afinidad alcanzan un 80,6% en recogida de firmas, un 77,4% en manifestaciones, un 60,7% en boicot o huelga, un 58,0% en quejas a la administración y un 35,8% en contacto con cargos públicos. Esto permite matizar una lectura habitual: la afinidad hacia otros votantes no equivale a moderación pasiva ni a baja implicación política. En estos datos, aparece asociada a una participación intensa también en repertorios de presión.

Perfil hacia votantes	Recogida de firmas	Manifestación	Boicot / huelga	Queja a la administración	Contactar cargo público
Predomina afinidad	80,6%	77,4%	60,7%	58,0%	35,8%
Predomina neutralidad	74,5%	68,9%	45,3%	53,0%	28,6%
Predomina animosidad	66,7%	56,5%	37,3%	50,2%	27,8%
Perfil mixto	69,8%	59,1%	42,7%	46,5%	28,0%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

En la participación cívico-social y digital, el perfil con mayor afinidad hacia votantes vuelve a situarse entre los más participativos. Presenta un 59,7% en participación asociativa, un 43,9% en voluntariado, un 69,1% en donación a ONG, un 47,5% en compartir contenido político y un 25,4% en crear contenido político. De nuevo, la afinidad aparece vinculada a una participación más amplia, especialmente en prácticas comunitarias, prosociales y expresivas.

Perfil hacia votantes	Participación en asociación	Voluntariado	Donar a ONG	Compartir contenido político	Crear contenido político
Predomina afinidad	59,7%	43,9%	69,1%	47,5%	25,4%
Predomina neutralidad	45,2%	37,7%	55,7%	24,7%	13,8%
Predomina animosidad	41,8%	31,5%	47,2%	30,7%	15,9%
Perfil mixto	39,9%	33,5%	51,1%	30,3%	9,6%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

5.3. Lectura interpretativa: afinidad, implicación y pertenencia

La lectura conjunta de afinidad hacia partidos y hacia votantes permite extraer tres conclusiones principales. La primera es que la afinidad positiva es limitada en todos los grupos ideológicos. La ciudadanía no declara una relación ampliamente positiva con muchos partidos ni con muchos grupos de votantes. Incluso entre quienes presentan mayor afinidad, las medias de valoración positiva se mantienen relativamente bajas. Esto sugiere que la relación con el sistema político está más marcada por vínculos selectivos que por una aprobación generalizada.

La segunda conclusión es que, cuando existe mayor afinidad, esta aparece asociada a mayores niveles de participación en los tres repertorios. Quienes presentan perfiles de mayor afinidad hacia partidos o votantes participan más en mecanismos institucionales, de presión y cívico-digitales. Este resultado es importante porque evita reducir la participación política al rechazo o a la confrontación. La participación no parece estar asociada únicamente a la animosidad; también aparece vinculada a formas de identificación positiva, pertenencia, confianza parcial o apertura hacia actores y grupos políticos.

La tercera conclusión es que la afinidad no se expresa necesariamente en clave poco conflictiva o despolitizada. Los perfiles con mayores niveles de afinidad también participan más en manifestaciones, boicots, recogidas de firmas y expresión política digital. Esto sugiere que la afinidad puede formar parte de una activación política más amplia: no solo participar porque se rechaza algo, sino también porque se reconoce, apoya o se siente cercanía hacia determinados actores, electorados, causas o espacios públicos.

6.

Animosidad política y participación

La animosidad política constituye la otra cara del vínculo afectivo con la política. Mientras la afinidad remite a valoraciones positivas, cercanía o identificación, la animosidad se refiere a valoraciones negativas, rechazo o distancia hacia partidos, votantes o personas percibidas como políticamente alejadas. Este capítulo analiza cómo la animosidad hacia partidos, la animosidad hacia votantes y la incomodidad ante el voto muy alejado aparecen relacionadas con los distintos repertorios de participación no electoral. De nuevo, la lectura es asociativa: no se afirma que la animosidad genere participación, sino que determinados perfiles de animosidad aparecen vinculados a niveles y tipos específicos de participación.

6.1. Animosidad hacia partidos políticos

La animosidad hacia partidos se analiza a partir del número medio de partidos valorados negativamente. El resultado general es claro: en todos los grupos ideológicos hay más partidos valorados negativamente que positivamente. Esto indica que la relación con los partidos está atravesada por una negatividad amplia, aunque con diferencias importantes según la autoubicación ideológica.

La media de partidos valorados negativamente crece de forma progresiva desde la izquierda hacia la derecha. Las personas ubicadas en la izquierda valoran negativamente, de media, a 5,55 partidos de los analizados. En el centro izquierda, la media sube a 6,55; en el centro, a 7,78; en el centro derecha, a 7,87; y en la derecha, a 8,73.

Por tanto, la derecha presenta la mayor animosidad partidista acumulada, mientras que la izquierda presenta la menor, aunque también con un número relevante de valoraciones negativas.

Ideología	Media de partidos valorados negativamente
Izquierda	5,55
Centro izquierda	6,55
Centro	7,78
Centro derecha	7,87
Derecha	8,73

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

Este resultado es importante porque matiza la lectura de la polarización. En otros indicadores, como la incomodidad ante una persona cercana que vota muy distinto, la izquierda puede aparecer como un grupo especialmente sensible a determinados adversarios políticos. Sin embargo, cuando se analiza la acumulación de valoraciones negativas hacia partidos, la derecha muestra los niveles más altos. Esto permite evitar una interpretación simplista según la cual un solo bloque concentra todas las formas de polarización. Más bien, distintas dimensiones de la polarización se distribuyen de manera diferente.

La comparación entre partidos valorados positivamente y partidos valorados negativamente refuerza esta lectura. En todos los grupos ideológicos, la media de partidos negativos supera ampliamente a la media de partidos positivos. La izquierda presenta la relación menos desfavorable, con 2,42 partidos positivos frente a 5,55 negativos. El centro registra la menor afinidad, con 0,45 partidos positivos, y una animosidad alta, con 7,78 partidos negativos. Este dato es especialmente relevante porque muestra que el centro

no aparece necesariamente como un espacio de mayor afinidad partidista, sino como un grupo de baja identificación positiva y elevada distancia hacia los partidos.

Ideología	Media partidos valorados positivamente	Media partidos valorados negativamente
Izquierda	2,42	5,55
Centro izquierda	1,30	6,55
Centro	0,45	7,78
Centro derecha	0,89	7,87
Derecha	1,64	8,73

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

La relación entre animosidad partidista y participación también exige una lectura matizada. Los perfiles donde predomina la animosidad hacia partidos no aparecen retirados de la participación. De hecho, muestran niveles relevantes en varios mecanismos, especialmente en recogida de firmas, con un 70,1%, y en quejas a la administración, con un 52,3%. Sin embargo, en la mayoría de repertorios participan menos que los perfiles de mayor afinidad.

En participación institucional, quienes presentan mayor animosidad hacia partidos registran porcentajes más bajos que quienes presentan afinidad: 24,1% en consulta pública, 24,3% en audiencia, 14,6% en asamblea ciudadana y 24,3% en presupuestos participativos. La diferencia con el perfil de mayor afinidad es especialmente clara en consulta pública y presupuestos participativos. Esto sugiere que una relación más negativa con los partidos puede aparecer asociada a una menor entrada en canales institucionales, aunque no implica ausencia de participación.

En participación de presión, la animosidad partidista mantiene niveles altos, pero con una distribución específica.

El dato más relevante es la queja a la administración: entre quienes presentan mayor animosidad hacia partidos, el 52,3% ha presentado quejas, por encima de los perfiles de neutralidad y mixtos. Esto puede interpretarse como una forma de participación vinculada a reclamación, descontento o demanda directa. No obstante, en manifestaciones y boicot/huelga, el perfil de mayor animosidad participa menos que el de afinidad positiva.

En participación cívico-digital, la animosidad hacia partidos no equivale a retirada, pero sí aparece asociada a porcentajes más bajos que la afinidad. En participación asociativa, el perfil de animosidad negativa alcanza el 43,5%, frente al 62,0% del perfil de afinidad positiva. En donación a ONG, registra un 49,1%, frente al 66,7%. En compartir contenido político, se sitúa en 28,8%, frente al 53,4%. La diferencia es especialmente clara en las prácticas más comunitarias, prosociales y expresivas.

Perfil hacia partidos	Consulta pública	Recogida de firmas	Manifestación	Queja a la administración	Participación en asociación	Compartir contenido político
Predomina afinidad positiva	37,5%	81,5%	77,4%	59,8%	62,0%	53,4%
Predomina neutralidad	27,2%	71,0%	66,3%	47,3%	43,5%	29,0%
Predomina animosidad negativa	24,1%	70,1%	60,3%	52,3%	43,5%	28,8%
Perfil mixto	25,0%	67,4%	58,9%	47,7%	38,1%	26,5%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

6.2. Animosidad hacia votantes

La animosidad hacia votantes permite observar si el rechazo se dirige solo hacia actores políticos organizados o si también se traslada a las personas que los apoyan. Esta distinción es central para analizar la polarización horizontal. Valorar negativamente a un partido no implica necesariamente valorar negativamente a sus votantes. Por eso, el informe analiza ambas dimensiones de manera separada.

Los datos muestran que la animosidad hacia votantes también aumenta conforme se avanza hacia la derecha, aunque en todos los grupos es menor que la animosidad hacia partidos. Las personas de izquierda valoran negativamente, de media, a 4,39 grupos de votantes. En el centro izquierda, la media es 4,63; en el centro, 5,43; en el centro derecha, 5,96; y en la derecha, 7,91. La derecha vuelve a presentar el valor más alto.

Ideología	Media de grupos de votantes valorados negativamente
Izquierda	4,39
Centro izquierda	4,63
Centro	5,43
Centro derecha	5,96
Derecha	7,91

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

La comparación entre partidos y votantes ofrece una de las lecturas más relevantes del informe: en todos los grupos ideológicos, la animosidad hacia partidos es mayor que la animosidad hacia votantes. Esto significa que el rechazo se concentra más en los actores partidistas que en la ciudadanía que los apoya. Esta diferencia permite una lectura menos catastrofista:

aunque existe una negatividad amplia hacia el sistema de partidos, esa negatividad no siempre se traslada con la misma intensidad al plano social de los votantes.

No obstante, la distancia entre animosidad hacia partidos y hacia votantes se reduce en la derecha. En este grupo, la animosidad hacia partidos alcanza el 82,4% y la animosidad hacia votantes el 74,9%. Esto sugiere que, entre quienes se ubican en la derecha, el rechazo hacia actores partidistas aparece más conectado con el rechazo hacia su electorado.

Ideología	Animosidad hacia partidos	Animosidad hacia votantes
Izquierda	47,8%	32,8%
Centro izquierda	59,2%	37,9%
Centro	67,4%	45,0%
Centro derecha	70,4%	53,0%
Derecha	82,4%	74,9%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

Al analizar la relación con la participación, la animosidad hacia votantes muestra un patrón parecido al de partidos, aunque con algunos matices. Quienes presentan mayor animosidad hacia votantes participan menos que quienes presentan mayor afinidad en la mayoría de mecanismos institucionales, de presión y cívico-sociales. En participación institucional, el perfil de animosidad registra 24,4% en consulta pública, 23,3% en audiencia, 14,1% en asamblea ciudadana y 24,4% en presupuestos participativos. Son porcentajes relevantes, pero inferiores a los del perfil de afinidad.

En participación de presión, la animosidad hacia votantes tampoco equivale a retirada. Quienes presentan este perfil alcanzan un 66,7% en recogida de firmas y un 50,2% en quejas a la administración. Sin embargo, en

manifestaciones, boicot o huelga y contacto con cargos públicos se sitúan por debajo de los perfiles de mayor afinidad. Esto sugiere que la animosidad horizontal puede coexistir con participación, especialmente en canales de baja barrera o de reclamación, pero no aparece como el perfil más participativo del conjunto.

En el bloque cívico-digital, la animosidad hacia votantes presenta un matiz interesante. En asociación, voluntariado y donación a ONG, participa menos que el perfil de mayor afinidad. Sin embargo, en compartir contenido político alcanza el 30,7%, por encima del perfil de neutralidad, que se sitúa en el 24,7%. Este dato sugiere que la animosidad hacia votantes no necesariamente reduce la expresión política digital. En algunos casos, puede aparecer asociada a una mayor disposición a expresar posiciones políticas en redes, aunque no necesariamente a formas comunitarias o prosociales de participación.

Perfil hacia votantes	Consulta pública	Recogida de firmas	Manifestación	Queja a la administración	Participación en asociación	Compartir contenido político
Predomina afinidad positiva	34,4%	80,6%	77,4%	58,0%	59,7%	47,5%
Predomina neutralidad	26,7%	74,5%	68,9%	53,0%	45,2%	24,7%
Predomina animosidad negativa	24,4%	66,7%	56,5%	50,2%	41,8%	30,7%
Perfil mixto	21,7%	69,8%	59,1%	46,5%	39,9%	30,3%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

6.3. Lectura interpretativa: animosidad, activación y convivencia

La lectura conjunta de la animosidad hacia partidos y hacia votantes permite extraer varias conclusiones. La primera es que la animosidad supera a la afinidad en todos los grupos ideológicos, tanto en el plano partidista como en el plano de los electorados. Ningún segmento presenta un balance positivo: en todos los casos, las valoraciones negativas son más numerosas que las positivas. Esto muestra que la relación afectiva con el sistema político y con los grupos de votantes está más marcada por la distancia que por la cercanía.

La segunda conclusión es que la polarización vertical aparece con más intensidad que la polarización horizontal. En este informe, la polarización vertical se refiere a la valoración de los partidos políticos como actores organizados, mientras que la polarización horizontal se refiere a la valoración de las personas que votan a esos partidos. Los datos muestran que, en todos los grupos ideológicos, la media de partidos valorados negativamente es superior a la media de grupos de votantes valorados negativamente. Dicho de otro modo, se valora peor a los partidos que a las personas que los votan.

Esta diferencia permite una lectura más precisa de la polarización: la crítica o animosidad hacia los partidos no implica automáticamente el mismo grado de animosidad hacia quienes los apoyan. Por tanto, aunque existe polarización afectiva, su expresión vertical parece más intensa que su expresión horizontal.

La tercera conclusión es que la animosidad no equivale a retirada participativa. Los perfiles donde predomina la animosidad participan en varios mecanismos, especialmente en recogida de firmas, quejas a la administración y, en algunos casos, expresión política digital. Sin embargo, no son los perfiles más participativos en la mayoría de canales. Los datos muestran que la afinidad aparece asociada de forma más clara con una participación alta y diversa, mientras que la animosidad aparece vinculada a formas más específicas de reclamación, presión o expresión política.

En términos democráticos, la animosidad tiene una lectura ambivalente. Por un lado, puede aparecer asociada a formas de activación crítica: quienes valoran negativamente a determinados partidos o electorados también pueden implicarse en acciones de protesta, queja, firma o expresión pública. Por otro lado, una animosidad elevada hacia votantes puede apuntar a un vínculo más problemático entre polarización y convivencia democrática, porque desplaza la negatividad desde los actores políticos hacia grupos de ciudadanía. Por eso, la distinción entre polarización vertical y horizontal es clave: no es lo mismo rechazar a partidos que extender esa animosidad hacia sus votantes.

En conjunto, la participación no electoral no se explica únicamente por el rechazo. La afinidad hacia partidos y votantes aparece asociada a una participación más amplia y diversa, mientras que la animosidad mantiene una relación más ambivalente: no implica retirada, pero sí puede vincularse a repertorios más críticos, expresivos o de reclamación. Esta distinción será clave para interpretar el siguiente capítulo, dedicado a la polarización conflictiva, donde se analiza no solo qué se opina de partidos o votantes, sino qué experiencias de conflicto político atraviesan la vida cotidiana.

7.

Polarización conflictiva: un hallazgo clave del informe

La polarización conflictiva constituye uno de los hallazgos centrales del informe porque permite pasar de las valoraciones hacia partidos y votantes a las experiencias concretas de conflicto político en la vida cotidiana. Esta dimensión no mide únicamente opiniones, sino situaciones relacionales: incomodidad ante una persona cercana que vota muy distinto, evitar conversaciones políticas, discusiones fuertes, rupturas personales, abandono de grupos de mensajería o evitar medios y fuentes de información por no representar las propias ideas.

Lo que se analiza es si determinadas experiencias de conflicto político aparecen asociadas a distintos repertorios de participación no electoral.

7.1. Principales expresiones de polarización conflictiva

Los datos muestran que la polarización conflictiva no se expresa de una sola manera. Algunas variables miden incomodidad relacional, otras recogen evitación, otras apuntan a conflicto explícito y otras reflejan cierre informativo. Por eso, conviene leerlas como dimensiones complementarias, no como indicadores equivalentes.

- **Incomodidad ante el voto muy alejado.**

La izquierda registra el porcentaje más alto de incomodidad ante la posibilidad de que una persona cercana vote a un partido muy alejado de sus ideas, con un 51,6%. Le siguen el centro izquierda, con un 27,6%, la derecha, con un 22,4%, el centro derecha, con un 13,9%, y el centro, con un 10,7%.

■ **Evitar hablar de política para no discutir.**

Es la experiencia más extendida de polarización conflictiva. Más de la mitad de todos los grupos ideológicos declara haber evitado hablar de política para no discutir. La izquierda presenta el valor más alto, con un 67,9%, seguida muy de cerca de la derecha, con un 62,7%. Centro izquierda, centro y centro derecha se sitúan en el 55,7%. Esto muestra que la evitación de la conversación política atraviesa de forma amplia el eje ideológico.

■ **Haber tenido una discusión fuerte por política.**

Esta experiencia es menos frecuente que la evitación, pero muestra diferencias más claras. La izquierda registra el porcentaje más alto, con un 28,1%, seguida de la derecha, con un 17,9%, el centro izquierda, con un 14,9%, el centro derecha, con un 13,9%, y el centro, con un 7,6%. Aquí se observa mayor presencia de conflicto explícito en perfiles ideológicamente más definidos, especialmente en la izquierda.

■ **Haber dejado de hablar con alguien por política.**

Esta variable mide una forma más intensa de ruptura relacional. La izquierda alcanza un 22,1%, seguida muy de cerca por el centro derecha, con un 21,7%, y la derecha, con un 19,1%. El centro izquierda registra un valor bastante menor con un 14,4% y el centro un 10,0%. Este indicador muestra que las rupturas personales no se concentran solo en un bloque ideológico, sino que aparecen más repartidas entre perfiles alejados del centro.

■ **Haber abandonado un grupo por discusiones políticas.**

Los porcentajes son más bajos, pero el patrón es interesante. La derecha registra un 13,4% y la izquierda un 13,3%, prácticamente al mismo nivel. El centro izquierda alcanza un 11,5%, el centro derecha un 8,7% y el centro un 5,2%. Este dato matiza cualquier lectura simplista: cuando se observa una conducta de salida de espacios compartidos, izquierda y derecha aparecen casi igualadas.

- **Evitar medios o fuentes por no representar las propias ideas.**

Esta variable introduce la dimensión informativa de la polarización conflictiva. La izquierda presenta el valor más alto, con un 64,0%, seguida de la derecha, con un 48,7%, el centro izquierda, con un 45,4%, el centro derecha, con un 44,3%, y el centro, con un 37,1%. Esto indica que la evitación informativa aparece en todos los grupos, aunque con más intensidad en algunos perfiles.

En conjunto, estas variables muestran que la polarización conflictiva no puede resumirse en una única dirección ideológica. La izquierda destaca en algunos indicadores concretos —incomodidad ante el voto muy alejado, evitación de conversación, discusión fuerte y evitación de medios no afines—, pero otros indicadores muestran patrones más repartidos entre perfiles ideológicamente definidos. El centro, por su parte, aparece de forma bastante consistente como el grupo menos expuesto a experiencias explícitas de conflicto político.

7.2. Perfiles sociodemográficos de la polarización conflictiva

Además de las diferencias ideológicas, los datos muestran variaciones relevantes por sexo, edad, educación, situación laboral e ingresos. Estas diferencias ayudan a entender que la polarización conflictiva no depende de un único perfil, sino que se expresa de forma distinta según la variable observada.

Por sexo, los hombres declaran más interés político que las mujeres y también aparecen algo más expuestos a experiencias de conflicto explícito, como discusión fuerte, dejar de hablar con alguien, abandonar grupos o evitar medios no afines. En cambio, las mujeres declaran algo más de incomodidad ante una persona cercana que vote muy distinto. Esto sugiere que la intensidad política y la incomodidad relacional no siguen exactamente el mismo patrón.

Por edad, los grupos jóvenes muestran mayores niveles de incomodidad ante el voto muy alejado y de discusión fuerte por política. El grupo de 18 a 24 años registra un 39,9% de incomodidad y un 29,1% de discusión fuerte, porcentajes superiores a los observados en los grupos de mayor edad. Esta lectura sugiere que, entre los perfiles jóvenes, la polarización conflictiva se expresa más como experiencia relacional o emocional del desacuerdo que como simple interés declarado por la política.

El nivel educativo también introduce diferencias importantes. Los perfiles con estudios superiores, especialmente máster, doctorado y licenciatura/grado, muestran niveles más altos de incomodidad ante el voto muy alejado y de evitación de medios no afines que los perfiles con estudios medios. Esta diferencia no debe interpretarse como una relación causal entre educación y polarización, sino como una asociación que puede estar vinculada a mayor politización, opiniones más estructuradas o mayor exposición a debates públicos y mediáticos.

Dimensión	Diferencia principal	Dato clave
Sexo	Los hombres declaran más interés político y más conflicto explícito.	Mucho/bastante interés: hombres 51,5%; mujeres 31,9%. Abandonar grupo: hombres 13,9%; mujeres 7,9%.
Sexo	Las mujeres declaran algo más de incomodidad ante el voto muy alejado.	Mujeres 30,7%; hombres 27,4%.
Edad	Los jóvenes muestran más incomodidad y más discusión fuerte.	Incomodidad: 18-24 años 39,9%; 55-70 años 22,6%. Discusión fuerte: 18-24 años 29,1%; 55-70 años 17,0%.
Edad	Los mayores declaran más interés político y más conversación respetuosa.	Mucho/bastante interés: 55-70 años 52,0%. Conversación respetuosa: 55-70 años 77,8%.
Educación	Los estudios superiores muestran mayor incomodidad y mayor evitación de medios no afines.	Incomodidad: máster 41,6%; doctorado 39,5%; segundo grado - 1er ciclo 18,5%.
Situación laboral	Los estudiantes destacan en discusión fuerte e incomodidad.	Discusión fuerte: estudiantes 29,8%. Incomodidad: estudiantes 38,8%.
Ingresos	Algunos tramos medios-altos y altos muestran más incomodidad o evitación informativa.	Evitar medios: 5001-8000 € 65,6%; 4001-5000 € 61,4%.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

7.3. Polarización conflictiva y participación institucional

La relación entre polarización conflictiva y participación institucional muestra un primer resultado relevante: quienes han vivido experiencias de conflicto político no aparecen retirados de los canales formales. Al contrario, declaran mayores niveles de participación en consultas públicas, audiencias, asambleas ciudadanas y presupuestos participativos.

Este patrón se observa especialmente entre quienes han tenido una discusión fuerte, han dejado de hablar con alguien o han abandonado un grupo por discusiones políticas. Por ejemplo, entre quienes abandonaron un grupo por discusiones políticas, la participación alcanza el 40,0% en consultas públicas, el 40,3% en audiencias, el 28,5% en asambleas ciudadanas y el 35,1% en presupuestos participativos. Estos porcentajes son superiores a los observados entre quienes no abandonaron grupos.

La lectura debe ser prudente. No puede afirmarse que el conflicto político impulse la participación institucional, ni que la participación institucional produzca conflicto. Lo que muestran los datos es una asociación entre haber vivido experiencias de conflicto político y declarar más participación en mecanismos institucionales. Esto puede estar relacionado con perfiles más politizados, más expuestos al debate público, con mayor interés por intervenir en asuntos colectivos o con mayor familiaridad con canales de participación.

7.4. Polarización conflictiva y participación de presión

La asociación entre polarización conflictiva y participación resulta especialmente visible en los mecanismos de presión. Quienes han vivido experiencias de conflicto político declaran mayores niveles de participación en manifestaciones, boicots o huelgas, recogida de firmas, quejas a la administración y contacto con cargos públicos.

El ejemplo más claro aparece entre quienes han tenido una discusión fuerte por política. En este grupo, el 74,3% ha participado en manifestaciones, frente al 59,9% de quienes no tuvieron una discusión fuerte. En boicot o huelga, la diferencia es de 61,8% frente a 38,3%; en quejas a la administración, de 65,1% frente a 48,4%; y en contacto con cargos públicos, de 41,2% frente a 26,2%.

Este resultado es importante porque la participación de presión está más orientada a reclamar, protestar, visibilizar demandas o expresar desacuerdo. Por eso, la polarización conflictiva aparece especialmente vinculada a estos canales. La formulación debe mantenerse en términos asociativos: no se trata de decir que la polarización conflictiva moviliza, sino que quienes han vivido conflicto político tienden a declarar más participación en repertorios de presión, protesta y reclamación.

7.5. Polarización conflictiva y participación cívico-social/digital

La participación cívico-social y digital también aparece asociada a experiencias de polarización conflictiva. Quienes han vivido discusiones fuertes, rupturas relacionales o abandono de grupos por política declaran más participación en asociaciones, voluntariado, donaciones, compartir contenido político y crear contenido político.

La asociación es especialmente clara en la dimensión digital. Entre quienes dejaron de hablar con alguien por política, el 48,4% compartió contenido político en redes, frente al 26,4% de quienes no lo hicieron; y el 26,0% creó contenido político, frente al 13,0%. Entre quienes abandonaron un grupo por discusiones políticas, el 50,0% compartió contenido político y el 31,1% creó contenido político.

Esto sugiere que las experiencias de conflicto político aparecen particularmente vinculadas a la expresión política digital. La participación cívico-social más tradicional —asociaciones, voluntariado y donaciones— también

muestra diferencias, aunque el contraste parece más intenso en compartir y crear contenido político. En este sentido, la polarización conflictiva no aparece asociada solo a protesta o queja, sino también a formas de participación comunitaria, expresiva y digital.

7.6. Lectura interpretativa

La polarización conflictiva no aparece asociada a retirada participativa. Al contrario, quienes han vivido conflicto político declaran mayores niveles de participación en los tres repertorios: institucional, presión y cívico-social/digital. Sin embargo, esa participación se expresa con más fuerza en canales de presión, protesta, queja, activismo digital y participación comunitaria que en espacios institucionales clásicos.

Este hallazgo matiza la idea de que la polarización conduce necesariamente al retraimiento. En los datos analizados, las experiencias de conflicto político aparecen vinculadas a perfiles más participativos, más expuestos al debate público o más implicados en distintos canales de acción. Pero esta mayor participación no debe interpretarse automáticamente como positiva para la calidad democrática. Puede expresar compromiso, vigilancia e interés público, pero también convivir con malestar, desconfianza, cierre informativo o deterioro de relaciones personales.

Por ello, el reto democrático no consiste únicamente en aumentar la participación, sino en diseñar mecanismos capaces de canalizar esa implicación sin convertir el desacuerdo en ruptura, evitación o conflicto improductivo. En contextos de polarización conflictiva, los espacios participativos necesitan reglas claras, neutralidad visible, moderación, protección frente a la exposición pública innecesaria y retorno de resultados. La cuestión no es solo cuánta gente participa, sino bajo qué condiciones participan y qué tipo de convivencia democrática producen esos espacios.

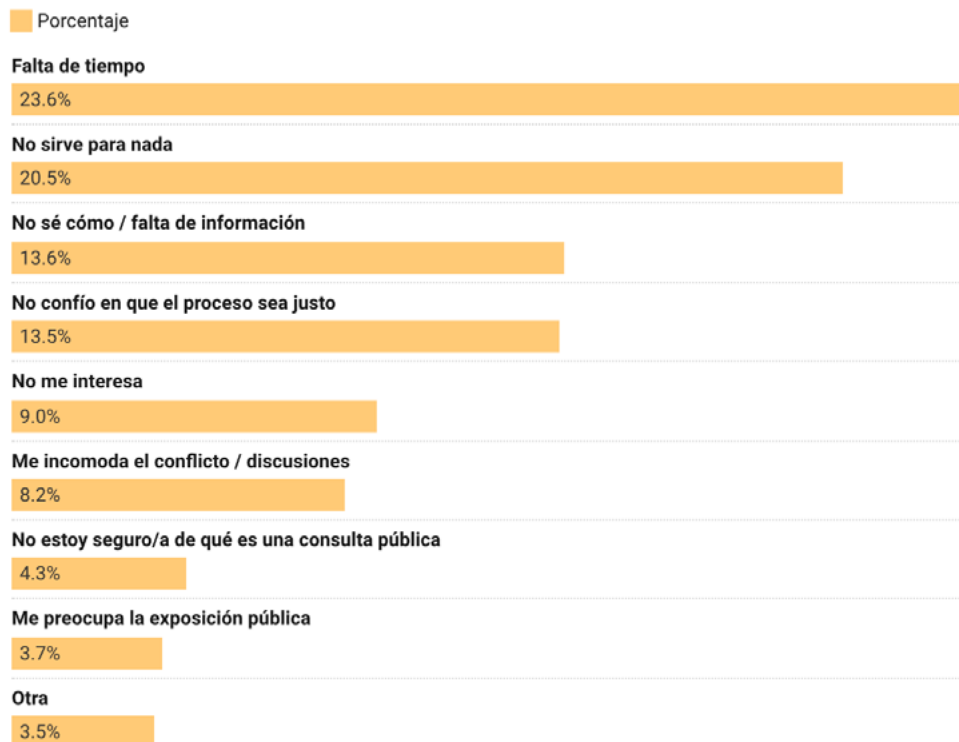
8.

Barreras y condiciones para participar en contextos polarizados

Las barreras a la participación no se relacionan únicamente con el desinterés. Los datos muestran que las principales razones para no participar más tienen que ver con condiciones prácticas, percepción de utilidad, información disponible y confianza en el proceso. La barrera más mencionada es la falta de tiempo, con un 23,6%, seguida de la idea de que participar "no sirve para nada", con un 20,5%. En un segundo nivel aparecen la falta de información o no saber cómo participar, con un 13,6%, y la desconfianza en que el proceso sea justo, con un 13,5%.

Las barreras más directamente vinculadas al conflicto o la exposición pública tienen un peso menor, pero son relevantes para el análisis vinculado a la polarización. El 8,2% señala que le incomodan el conflicto o las discusiones, y el 3,7% menciona la preocupación por la exposición pública. Aunque no son las barreras mayoritarias, indican que el clima relacional de los procesos participativos también importa. No basta con abrir canales de participación: estos deben percibirse como espacios comprensibles, útiles, neutrales, respetuosos y seguros.

Barreras a la participación



Created with Datawrapper

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

La lectura general muestra que la ciudadanía no necesariamente rechaza la participación, sino que muchas veces duda de sus condiciones. La falta de tiempo apunta a un problema práctico: participar exige disponibilidad, energía y compatibilidad con la vida laboral, familiar o cotidiana. La percepción de que participar “no sirve para nada” introduce una barrera de eficacia: si no se ven resultados, devolución o impacto, la participación puede percibirse como un esfuerzo sin consecuencias.

La falta de información también es una barrera importante. No saber cómo participar o no entender qué es una consulta pública puede dejar fuera a personas que podrían estar dispuestas a implicarse si los procesos fueran más visibles, claros y accesibles. En este sentido, la información no es solo comunicación: es una condición de entrada al proceso participativo.

La desconfianza en que el proceso sea justo ocupa un lugar central para este informe porque conecta directamente con la polarización, la animosidad y la percepción de neutralidad institucional. Cuando una persona cree que el proceso puede estar sesgado, capturado por ciertos actores o diseñado para legitimar una decisión ya tomada, la participación pierde credibilidad. Por eso, la confianza procedimental es una condición clave para ampliar la participación en contextos polarizados.

8.1. Barreras según variables sociodemográficas

Las barreras a la participación también presentan diferencias relevantes por sexo, edad, situación laboral, ingresos y nivel educativo. En términos generales, la falta de tiempo aparece como una barrera muy transversal, con porcentajes casi idénticos entre hombres y mujeres, pero más alta entre personas que trabajan actualmente y entre edades intermedias, especialmente de 35 a 44 años. Esto apunta a una barrera práctica relacionada con disponibilidad, carga laboral y organización cotidiana.

La falta de información o no saber cómo participar aparece algo más entre mujeres, jóvenes adultos y perfiles con menor vinculación laboral estable, especialmente quienes buscan primer empleo o realizan labores del hogar. En cambio, la percepción de que participar “no sirve para nada” aumenta con la edad y es especialmente alta entre personas retiradas o pensionistas. Esto sugiere que algunas barreras tienen que ver con acceso e información, mientras que otras remiten más a experiencias acumuladas de baja eficacia o falta de resultados visibles.

Las barreras más directamente conectadas con contextos polarizados —desconfianza en que el proceso sea justo, incomodidad ante el conflicto y preocupación por la exposición pública— muestran patrones más específicos. La desconfianza en la justicia del proceso es algo mayor entre hombres, personas de más edad, parados que han trabajado anteriormente y perfiles ubicados en el centro y centro derecha.

La incomodidad ante el conflicto aparece más entre mujeres, personas de 55 a 70 años, pensionistas y perfiles de centro izquierda o centro derecha. Por su parte, la exposición pública sigue siendo una barrera minoritaria, aunque destaca algo más entre pensionistas, personas que buscan primer empleo y perfiles de centro derecha.

En conjunto, la lectura sociodemográfica refuerza una idea importante: las barreras no responden a una única lógica. Algunas son materiales, como el tiempo; otras son cognitivas o informativas, como no saber cómo participar; otras son políticas, como la desconfianza; y otras son relacionales, como la incomodidad ante el conflicto o la exposición pública. Por tanto, el diseño participativo debe responder a perfiles distintos: facilitar tiempos y formatos para quienes tienen menos disponibilidad, mejorar información para quienes no conocen los canales, reforzar garantías de neutralidad para quienes desconfían y ofrecer espacios moderados o de baja exposición para quienes temen el conflicto.

Barrera	Perfil donde más destaca	Dato clave
Falta de tiempo	Personas de 35 a 44 años y quienes trabajan actualmente	35-44 años: 29,6%; trabaja actualmente: 28,7%
No sé cómo / falta de información	Personas que buscan primer empleo y labores del hogar	Busca primer empleo: 31,2%; labores del hogar: 21,1%
No sirve para nada	Personas mayores, pensionistas y derecha	55-70 años: 23,5%; pensionistas: 26,2%; derecha: 27,2%
No confío en que el proceso sea justo	Centro derecha, centro y parados que han trabajado anteriormente	Centro derecha: 17,4%; centro: 16,5%; parados con experiencia laboral: 18,0%
Me incomoda el conflicto / discusiones	Pensionistas, labores del hogar y mujeres	Pensionistas: 16,4%; labores del hogar: 12,3%; mujeres: 9,4%
Me preocupa la exposición pública	Pensionistas, primer empleo y centro derecha	Pensionistas: 7,1%; busca primer empleo: 6,2%; centro derecha: 6,1%
No me interesa	Jóvenes, estudiantes y centro	18-24 años: 19,6%; estudiantes: 22,3%; centro: 12,4%
No estoy seguro/a de qué es una consulta pública	Personas que buscan primer empleo, labores del hogar y jóvenes	Busca primer empleo: 18,8%; labores del hogar: 7,0%; 18-24 años: 5,7%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

8.2. Barreras en perfiles de afinidad, animosidad y conflicto político

Para analizar mejor la relación entre polarización y barreras, el informe utiliza perfiles de valoración hacia partidos y votantes. Estos perfiles distinguen entre quienes presentan mayor afinidad, predominio de neutralidad, mayor animosidad o un perfil mixto. Además, se incorpora un indicador de conflicto político que agrupa cinco experiencias: evitar hablar de política para no discutir, haber tenido una discusión fuerte, haber dejado de hablar con alguien, haber abandonado un grupo de WhatsApp o Telegram por discusiones políticas y haber evitado medios o fuentes porque no encajan con las propias ideas. A partir de estas experiencias, se diferencian tres niveles: bajo conflicto, medio conflicto y alto conflicto político.

La lectura más clara es que la barrera más conectada con la animosidad y el conflicto político es la desconfianza en que el proceso sea justo. Esta barrera aumenta entre quienes presentan perfiles más negativos o más conflictivos. En el caso de los partidos, quienes tienen un perfil de mayor animosidad son quienes más señalan que no confían en que el proceso sea justo, con un 15,6%. En cambio, entre quienes presentan mayor afinidad hacia partidos, esta barrera baja al 9,6%.

En el caso de los votantes, ocurre algo similar. Quienes presentan mayor animosidad hacia votantes también muestran más desconfianza en el proceso, con un 15,0%. Sin embargo, aquí aparece un matiz importante: quienes tienen mayor afinidad hacia votantes son quienes más señalan incomodidad con el conflicto, con un 16,4%. Esto puede indicar que las personas más abiertas hacia otros electorados son también más sensibles a que los espacios participativos sean respetuosos, moderados y poco confrontativos.

El indicador de conflicto político refuerza esta lectura. Las personas con alto conflicto político son quienes más mencionan tanto la incomodidad con el conflicto, con un 13,0%, como la desconfianza en que el proceso sea justo, con un 19,1%.

Esto sugiere que quienes han vivido más experiencias de conflicto político necesitan más garantías de neutralidad, reglas claras, moderación y respeto en los espacios participativos. La exposición pública, en cambio, aparece como una barrera secundaria: en todos los perfiles se mantiene en niveles relativamente bajos, generalmente entre el 2% y el 5%.

Perfil hacia partidos	Me incomoda el conflicto	No confío en que el proceso sea justo	Me preocupa la exposición pública
Predomina afinidad	10,6%	9,6%	4,3%
Predomina neutralidad	8,7%	11,9%	5,1%
Predomina animosidad	7,5%	15,6%	3,4%
Perfil mixto	10,1%	6,0%	2,0%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

Perfil hacia votantes	Me incomoda el conflicto	No confío en que el proceso sea justo	Me preocupa la exposición pública
Predomina afinidad positiva	16,4%	7,0%	3,9%
Predomina neutralidad	7,4%	13,8%	3,8%
Predomina animosidad negativa	7,3%	15,0%	3,7%
Perfil mixto	8,0%	11,8%	3,2%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

Conflicto político	Me incomoda el conflicto	No confío en que el proceso sea justo	Me preocupa la exposición pública
Bajo conflicto	7,8%	13,1%	3,0%
Medio conflicto	7,7%	13,1%	4,4%
Alto conflicto	13,0%	19,1%	4,3%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

Los grupos focales ayudan a interpretar por qué estas barreras aparecen con tanta fuerza y qué significan para distintos perfiles ideológicos. En los tres grupos, la participación ciudadana se valora como una práctica democrática necesaria, pero esa valoración convive con cansancio, duda y frustración. La pregunta que atraviesa los discursos no es solo si participar es importante, sino si sirve para algo, quién organiza el proceso, qué garantías ofrece y qué ocurre después con las aportaciones ciudadanas.

El primer aporte cualitativo es que la desconfianza en que el proceso sea justo no se refiere únicamente a sospecha abstracta hacia las instituciones. En los grupos aparece vinculada a dudas muy concretas: si la decisión ya está tomada, si el proceso puede estar capturado por partidos o actores organizados, si se escuchan realmente todas las voces, si la administración devolverá resultados o si la participación se usa solo para legitimar decisiones previas. Esta lectura ayuda a explicar por qué la desconfianza procedimental aumenta entre perfiles con mayor animosidad o mayor conflicto político.

En el grupo de centro, la participación se interpreta de forma pragmática. La disposición a participar depende mucho de que el proceso tenga objetivos claros, reglas comprensibles, utilidad práctica y devolución posterior. La pluralidad ideológica no aparece como un problema en sí mismo, pero sí necesita garantías: moderación, foco en el tema, información previa y claridad sobre qué se hará con los resultados. Para este grupo, la barrera principal no es necesariamente la diversidad, sino la falta de estructura.

En el grupo de derecha, la participación se asocia con decisión, efectividad, rendición de cuentas y transparencia. La preocupación no es tanto participar con personas distintas, sino que el espacio esté desequilibrado, que se convierta en un "todos contra uno" o que no exista una metodología capaz de ordenar el desacuerdo. Por eso, el conflicto no se percibe necesariamente como algo que deba eliminarse, sino como algo que debe gestionarse. La participación puede incluir desacuerdo, pero necesita reglas, moderación, objetivos definidos y seguimiento posterior.

En el grupo de izquierda, la desconfianza aparece más vinculada al origen y control del proceso. La participación se percibe como más legítima cuando nace del tejido social, de espacios comunitarios o de demandas ciudadanas, y genera más sospecha cuando se interpreta como liderada o instrumentalizada por partidos o administraciones. En este grupo, la pluralidad ideológica es aceptable si existen límites claros, moderación efectiva y respeto a unos mínimos democráticos. La preocupación no es solo el desacuerdo, sino la posibilidad de que ciertos discursos conviertan el espacio en confrontación o desplacen el foco del problema público.

El segundo aporte cualitativo se refiere a la incomodidad ante el conflicto. Los datos muestran que no es la barrera mayoritaria, pero los grupos focales permiten entender por qué puede ser decisiva en determinados perfiles. La incomodidad no significa necesariamente rechazo a la pluralidad. En muchos casos expresa miedo a que el espacio se desordene, a que la discusión se vuelva personal, a que dominen quienes hablan más o a que el proceso pierda utilidad. Por eso, la moderación aparece como una condición transversal: permite sostener el desacuerdo sin convertirlo en confrontación improductiva.

El tercer aporte cualitativo tiene que ver con la exposición pública. Aunque cuantitativamente aparece como una barrera secundaria, en los grupos focales se observa que puede pesar más en determinados contextos: municipios pequeños, espacios presenciales, temas muy sensibles o debates donde las posiciones políticas puedan generar juicio social. La exposición pública no siempre se formula como miedo directo, sino como cautela ante quién participa, quién escucha, cómo se usará lo dicho y qué consecuencias puede tener posicionarse.

En conjunto, el componente cualitativo refuerza una idea central: las barreras asociadas a la animosidad y al conflicto se expresan sobre todo como desconfianza procedimental. Los perfiles con mayor animosidad hacia partidos y votantes, así como quienes han vivido mayor conflicto político, son más propensos a señalar que no confían en que el proceso sea justo. En cambio,

la exposición pública aparece como una barrera menos extendida, aunque relevante en contextos concretos. Esto refuerza la importancia de diseñar procesos participativos con neutralidad visible, reglas claras, moderación imparcial, devolución de resultados y ambientes respetuosos.

9.

Implicaciones para el diseño de espacios participativos y conclusiones

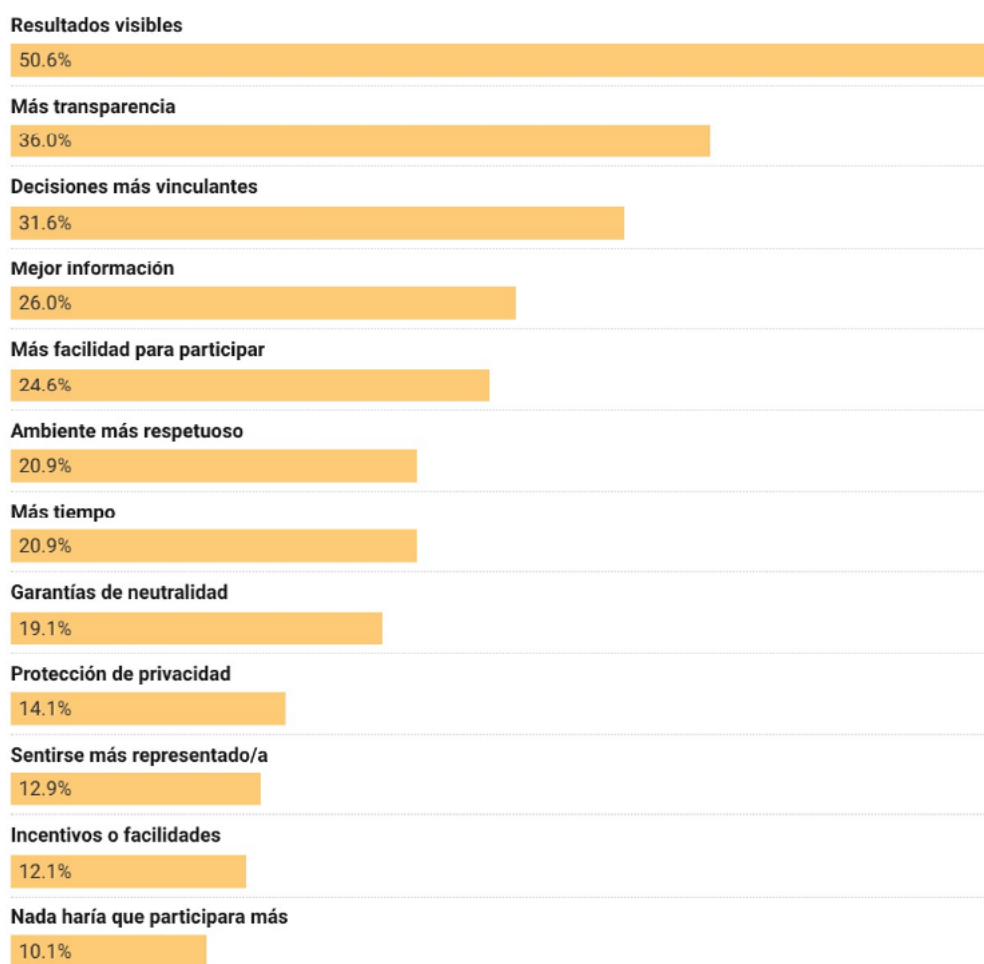
Los resultados del informe permiten extraer una conclusión aplicada: el problema no es solo si la ciudadanía participa más o menos, sino bajo qué condiciones está dispuesta a hacerlo. La participación no electoral aparece viva, pero distribuida de forma desigual entre canales institucionales, mecanismos de presión, prácticas cívico-sociales y espacios digitales. Además, la polarización no aparece asociada a una retirada automática de la participación, sino a una reorientación de sus formas, intensidades y condiciones.

Esta lectura tiene implicaciones directas para el diseño de espacios participativos. En contextos donde existen afinidades, animosidades y experiencias de conflicto político, no basta con abrir canales. Es necesario diseñar procesos comprensibles, útiles, trazables, neutrales y capaces de sostener el desacuerdo sin convertirlo en ruptura o confrontación improductiva.

9.1. Diferencias de perfiles: no todos necesitan lo mismo para participar más

Las condiciones que podrían aumentar la participación muestran una jerarquía clara. La principal demanda es que la participación tenga resultados visibles, seleccionada por el 50,6% de la muestra. Le siguen más transparencia —36,0%—, que las decisiones sean más vinculantes —31,6%—, mejor información —26,0%— y que sea más fácil participar —24,6%—. Esto confirma que las demandas principales no se refieren solo al clima del debate, sino a la utilidad, la claridad y la incidencia real de los procesos.

Las condiciones más directamente vinculadas a contextos polarizados —ambiente respetuoso, garantías de neutralidad y sentirse representado/a— tienen porcentajes más bajos en el conjunto de la muestra, pero son estratégicas para el diseño. Un 20,9% pide un ambiente más respetuoso, un 19,1% garantías de neutralidad y un 12,9% sentirse más representado/a. Aunque no son las condiciones mayoritarias, resultan especialmente relevantes para perfiles con mayor animosidad o mayores niveles de conflicto político.



Created with Datawrapper

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

Por perfiles sociodemográficos, la demanda de resultados visibles es bastante transversal, pero aparecen matices relevantes. Las personas de 55 a 70 años destacan la necesidad de resultados visibles, decisiones vinculantes, garantías de neutralidad y ambiente respetuoso. Esto sugiere una demanda de eficacia, retorno y orden del proceso. En cambio, los grupos jóvenes destacan más la importancia de sentirse representados, incentivos y protección de privacidad, lo que puede indicar una necesidad de conexión con formatos más reconocibles, menos expuestos y más cercanos a sus códigos de participación.

También hay diferencias por situación laboral. Las personas que trabajan actualmente destacan en la demanda de más tiempo, mientras que estudiantes y personas que buscan primer empleo aparecen más vinculadas a sentirse representadas o a incentivos/facilidades. Entre pensionistas, cobran más peso las garantías de neutralidad, el ambiente respetuoso y las decisiones vinculantes. Por ingresos, los tramos más altos tienden a señalar más resultados visibles, decisiones vinculantes y transparencia. En conjunto, estas diferencias muestran que el diseño participativo debe combinar condiciones generales de utilidad con adaptaciones específicas según perfiles.

9.2. El reto democrático: canalizar la activación sin aumentar el conflicto

Uno de los hallazgos centrales del informe es que la polarización conflictiva no aparece asociada a retirada participativa. Quienes han vivido experiencias de conflicto político declaran mayores niveles de participación en los tres repertorios analizados. Sin embargo, esa participación se expresa con más fuerza en canales de presión, protesta, queja, activismo digital y participación comunitaria que en espacios institucionales clásicos.

Esta conclusión abre una oportunidad democrática, pero también un riesgo. La oportunidad es que la ciudadanía políticamente activada no está

necesariamente fuera del espacio público. Participa, reclama, firma, protesta, comparte contenido, se organiza o presenta quejas. El riesgo es que esa activación se canalice solo por vías expresivas, contenciosas o de confrontación, sin espacios institucionales capaces de ordenar el desacuerdo, traducir demandas y generar decisiones legítimas.

Por eso, el desafío no consiste únicamente en aumentar la participación, sino en canalizar la activación política sin aumentar el conflicto improductivo. En contextos de polarización, los procesos participativos no pueden limitarse a convocar a la ciudadanía. Deben cuidar el formato, las reglas, la composición del espacio, la moderación, la neutralidad percibida, la trazabilidad de las aportaciones y la devolución de resultados.

La evidencia cualitativa refuerza esta lectura: la participación local aparece como más viable que la estatal porque se percibe más cercana, concreta y conectada con problemas cotidianos. Además, la polarización no bloquea automáticamente la participación con personas distintas, pero sí condiciona el tipo de espacio aceptable: hacen falta reglas claras, moderación, foco en el tema, respeto y garantías de que el proceso no está dominado por un solo bloque ideológico.

9.3. Tres condiciones para una participación más útil y plural

A partir de los datos, tres condiciones adquieren especial importancia para diseñar participación en contextos polarizados: ambiente respetuoso, garantías de neutralidad y sentirse representado/a. No son las únicas condiciones relevantes, pero sí son las que conectan de forma más directa con la posibilidad de sostener la diferencia política dentro de un mismo espacio participativo.

La primera condición es el ambiente respetuoso. Esta demanda aparece especialmente entre quienes tienen mayor afinidad hacia partidos, con un 28,7%. Esto puede indicar que incluso las personas con una relación más

positiva con el sistema político valoran que los procesos no se conviertan en espacios de confrontación. En el caso de la valoración de los votantes, el ambiente respetuoso aparece algo más entre perfiles mixtos —23,0%— y entre quienes tienen mayor animosidad —22,3%—. Esto sugiere que, cuando la tensión se desplaza hacia las personas que votan distinto, la necesidad de un clima respetuoso gana importancia.

La segunda condición es la neutralidad visible. Aquí aparece el patrón más claro: las garantías de neutralidad son más demandadas por quienes presentan mayor animosidad, tanto hacia partidos como hacia votantes. El 20,8% y el 22,1% respectivamente. Esto indica que los perfiles más críticos o tensionados no necesariamente rechazan participar, pero necesitan confiar en que el proceso no está capturado, manipulado o sesgado.

La tercera condición es sentirse representado/a. Tiene un peso menor que las dos anteriores, pero ayuda a matizar el diseño. Aparece más entre quienes tienen neutralidad dominante —16,4%—, lo que puede indicar que los perfiles menos identificados necesitan ver que sus posiciones no quedan fuera. En el caso de valoración de los votantes, el porcentaje más alto aparece entre quienes tienen mayor nivel de afinidad —16,4%—, lo que puede interpretarse como una demanda de pluralidad reconocible: que el espacio incluya diversidad social y política, y no esté monopolizado por perfiles muy politizados o por una sola posición.

Las tres condiciones aumentan conforme crece el nivel de conflicto político vivido. La demanda de un ambiente respetuoso pasa del 17,6% entre quienes presentan bajo grado de conflicto al 27,8% entre quienes presentan alto nivel de conflicto. También aumentan las garantías de neutralidad —de 18,4% a 23,5%— y sentirse representado/a —de 11,4% a 16,5%—. Esto sugiere que quienes han acumulado más experiencias de conflicto político —evitar hablar de política, discutir fuerte, dejar de hablar con alguien, abandonar grupos o evitar medios no afines— son también quienes más demandan condiciones específicas para participar más.

Condiciones de diseño participativo por conflicto político

Conflicto político	Ambiente respetuoso	Garantías de neutralidad	Sentirse representado/a
Bajo conflicto	17,6%	18,4%	11,4%
Medio conflicto	23,7%	19,2%	14,0%
Alto conflicto	27,8%	23,5%	16,5%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la encuesta.

9.4. Afinidad, animosidad y conflicto político: oportunidades de diseño

Los resultados muestran que afinidad, animosidad y conflicto político no plantean el mismo tipo de reto. La afinidad aparece asociada a una participación más amplia y diversa. Quienes tienen valoraciones positivas hacia partidos o votantes participan más en mecanismos institucionales, de presión y cívico-digitales. En términos de diseño, estos perfiles pueden responder bien a procesos con resultados claros, información suficiente y espacios de deliberación estructurada.

La animosidad, en cambio, plantea un reto más ambivalente. No equivale a retirada participativa, pero sí aparece más conectada con desconfianza, presión, reclamación o expresión crítica. Para estos perfiles, la neutralidad visible es central. No basta con afirmar que el proceso es imparcial: hay que demostrarlo en la convocatoria, la composición, las reglas, la moderación, la trazabilidad y la devolución de resultados.

La polarización conflictiva introduce el reto más importante. Quienes han vivido conflicto político participan más, pero también demandan más condiciones de respeto, neutralidad y representación. Esto significa que los procesos participativos deben poder recibir a perfiles políticamente activados sin dejar que el espacio se convierta en una extensión del conflicto partidista o digital. El diseño debe convertir la activación en deliberación útil, no en confrontación improductiva.

9.5. Temas sobre los que la ciudadanía quiere discutir

Aunque no es el centro del informe, los datos de la encuesta permiten intuir que el diseño participativo también debe atender a los temas que la ciudadanía considera prioritarios para ser relevante y atractivo hacia quienes participan. Los datos muestran que la vivienda es la preocupación más mencionada, con un 55,0%. Le siguen el mal comportamiento de los políticos, con un 39,8%, el gobierno y los partidos, con un 29,8%, la crisis económica, con un 27,7%, la inmigración, con un 22,0%, y la calidad del empleo, con un 18,3%.

Esta distribución es relevante porque combina problemas materiales, institucionales y políticos. La vivienda aparece como el tema más transversal y con mayor potencial para activar procesos participativos concretos. El mal comportamiento de los políticos y el gobierno/partidos muestran que la preocupación institucional también es alta, lo que conecta con la demanda de transparencia, neutralidad y resultados visibles. La crisis económica, el empleo y la inmigración pueden ser temas de alto impacto público, pero requieren diseños especialmente cuidadosos para evitar que el debate se convierta en confrontación identitaria.

10.

Conclusiones

La pregunta que guía este informe es cómo se relacionan la afinidad, la animosidad y la polarización conflictiva con los distintos repertorios de participación ciudadana no electoral en España, y qué implicaciones tiene esa relación para el diseño de mecanismos participativos. La respuesta general es que la polarización no debería asociarse automáticamente con menor participación. Los datos muestran una relación más compleja: la participación no electoral está viva, pero se expresa de forma desigual; la afinidad aparece vinculada a una participación más amplia y diversa; la animosidad no implica desmovilización, aunque se asocia de forma más ambivalente con repertorios de presión, reclamación y expresión política; y la polarización conflictiva constituye el hallazgo más relevante, porque quienes han vivido experiencias de conflicto político declaran mayores niveles de participación, especialmente en canales de presión, protesta, queja, activismo digital y participación comunitaria.

El informe permite, por tanto, matizar dos ideas habituales. La primera es que la ciudadanía no está ausente entre elecciones: participa, pero muchas veces por canales distintos a los institucionales. La segunda es que la polarización no bloquea de forma lineal la participación: puede convivir con activación, implicación cívica y conversación democrática, aunque también introduzca riesgos de desconfianza, evitación, cierre informativo o deterioro de vínculos. La clave no es interpretar la polarización como una variable única, sino distinguir entre afinidad, animosidad, polarización vertical, polarización horizontal y polarización conflictiva.

10.1. La participación no electoral está viva, pero se expresa por canales desiguales

La primera conclusión es que la ciudadanía participa más allá del voto, pero no lo hace de forma homogénea en todos los canales. Los mecanismos de presión aparecen como el repertorio más extendido: la recogida de firmas alcanza el 68,4% y la participación en manifestaciones o concentraciones el 60,8%. También destacan las quejas o sugerencias a la administración, con un 48,8%, y el boicot o la huelga, con un 41,1%. Estos datos muestran que una parte relevante de la ciudadanía recurre a formas de participación orientadas a reclamar, presionar, expresar desacuerdo o visibilizar demandas.

En cambio, la participación institucional presenta niveles más bajos. Las consultas públicas se sitúan en el 24,0%, los presupuestos participativos en el 23,5%, las audiencias públicas en el 23,4% y las asambleas ciudadanas en el 14,7%. Esto no indica ausencia de vida política entre elecciones, sino una diferencia clara entre canales: la ciudadanía parece participar más cuando los mecanismos son reconocibles, accesibles, visibles o conectados con demandas concretas, y menos cuando se trata de espacios institucionales más formales, deliberativos o menos conocidos.

La participación cívico-social y digital ocupa una posición intermedia. Donar a ONG o causas alcanza el 50,4%, participar en asociaciones el 42,6% y hacer voluntariado el 33,4%. En la dimensión digital, compartir contenido político alcanza el 28,8%, mientras que crear contenido político propio se sitúa en el 14,6%. Esto permite sostener una idea central: entre elecciones hay vida política, pero esa vida política no se expresa principalmente a través de los espacios institucionales clásicos.

Por tanto, no participar en mecanismos institucionales no equivale necesariamente a desmovilización. Muchas personas participan por otras vías: firman, protestan, se organizan, donan, hacen voluntariado, presentan quejas o intervienen en redes. El reto para las administraciones no es partir de cero, sino conectar mejor con esa energía cívica ya existente. Para ampliar la participación formal, los procesos institucionales deben ser más visibles, comprensibles, útiles, confiables y capaces de demostrar resultados.

10.2. La polarización no desmoviliza automáticamente: se asocia con una reorientación de la participación

La segunda conclusión responde directamente a una de las hipótesis centrales del informe: la polarización no aparece asociada a una desmovilización lineal. Los datos no permiten afirmar causalidad, pero sí muestran que quienes declaran experiencias de conflicto político presentan mayores niveles de participación. Por tanto, no debe decirse que la polarización "genera" participación, sino que ciertas experiencias de polarización conflictiva aparecen asociadas a repertorios participativos más activos, expresivos o contenciosos.

Este patrón se observa en los tres tipos de participación. En participación institucional, quienes han abandonado un grupo por discusiones políticas presentan niveles más altos que quienes no lo han hecho: 40,0% en consultas públicas, 40,3% en audiencias, 28,5% en asambleas ciudadanas y 35,1% en presupuestos participativos. Esto matiza la idea de que el conflicto político se relacione necesariamente con el alejamiento de los canales formales.

La asociación es especialmente visible en la participación de presión. Entre quienes han tenido una discusión fuerte por política, el 74,3% ha participado en manifestaciones, frente al 59,9% de quienes no tuvieron esa experiencia. En boicot o huelga, la diferencia es de 61,8% frente a 38,3%; en quejas a la administración, de 65,1% frente a 48,4%; y en contacto con cargos públicos, de 41,2% frente a 26,2%. La polarización conflictiva, por tanto, no aparece asociada a retirada, sino a una participación más intensa en canales de protesta, presión y reclamación.

La dimensión digital refuerza esta lectura. Entre quienes dejaron de hablar con alguien por política, el 48,4% compartió contenido político en redes, frente al 26,4% de quienes no lo hicieron; y el 26,0% creó contenido político, frente al 13,0%. Entre quienes abandonaron un grupo por discusiones políticas, el 50,0% compartió contenido político y el 31,1% creó contenido político. Esto sugiere que el conflicto político vivido se asocia de forma especialmente visible con la expresión política digital.

En suma, la polarización no debería interpretarse como un freno automático a la participación. La evidencia apunta más bien a una reorientación: quienes viven más conflicto político tienden a aparecer más implicados, pero esa implicación se expresa con mayor fuerza en repertorios de presión, protesta, reclamación, activismo digital y participación comunitaria que en espacios institucionales clásicos.

10.3. La afinidad y la animosidad no son lo mismo

La tercera conclusión es que afinidad y animosidad no deben tratarse como dos caras idénticas de la misma variable. La afinidad hacia partidos y votantes aparece asociada a una participación más amplia y diversa. Quienes presentan mayor afinidad hacia partidos muestran niveles más altos en consulta pública —37,5%—, recogida de firmas —81,5%—, manifestaciones —77,4%—, participación en asociaciones —62,0%—, donación a ONG —66,7%— y compartir contenido político —53,4%—. Es decir, la afinidad no se vincula solo con participación institucional o moderada, sino también con repertorios de presión y expresión política.

Algo similar ocurre con la afinidad hacia votantes. Quienes presentan mayor afinidad hacia votantes participan más en consulta pública —34,4%—, presupuestos participativos —36,4%—, recogida de firmas —80,6%—, manifestaciones —77,4%—, donación a ONG —69,1%— y compartir contenido político —47,5%—. Esto permite sostener una idea importante: la participación no electoral no se explica únicamente por el rechazo o la confrontación. También aparece asociada a vínculos positivos, pertenencia, identificación, apertura hacia otros electorados o confianza parcial en el espacio público.

La animosidad, en cambio, tiene una relación más ambivalente. No equivale a retirada participativa, pero no es el perfil más participativo en la mayoría de los canales. Los perfiles con mayor animosidad hacia partidos siguen participando de forma relevante en recogida de firmas —70,1%—, manifestaciones

—60,3%— y quejas a la administración —52,3%—. Sin embargo, se sitúan por debajo de los perfiles de mayor afinidad en casi todos los repertorios. Por tanto, la animosidad aparece más vinculada a formas específicas de reclamación, presión o expresión crítica, mientras que la afinidad se asocia con una participación más amplia y transversal.

Esta distinción es clave para responder a la pregunta de investigación. La participación no electoral no se relaciona solo con la animosidad o el rechazo, sino con una combinación de afinidad, animosidad, polarización ideológica y polarización conflictiva. La idea central no es que la animosidad “movilice”, sino que determinados perfiles de animosidad aparecen asociados a repertorios participativos concretos, especialmente de presión, reclamación y expresión política.

10.4. La polarización vertical es más intensa que la horizontal

La cuarta conclusión es que la polarización vertical aparece con más intensidad que la horizontal. En este informe, la polarización vertical se refiere a la valoración de los partidos políticos, mientras que la polarización horizontal se refiere a la valoración de las personas que votan a esos partidos. Los datos muestran que, en todos los grupos de autoubicación ideológica, se valora peor a los partidos que a sus votantes.

Esto permite una lectura menos catastrofista de la polarización. Existe una negatividad amplia hacia el sistema de partidos, pero esa negatividad no siempre se traslada con la misma intensidad hacia las personas que los votan. En la izquierda, el balance partidista es de -3,13, mientras que el balance hacia votantes es de -1,77. En el centro, el balance partidista llega a -7,33, frente a -4,96 hacia votantes. En la derecha, el balance partidista es de -7,08, mientras que el balance hacia votantes es de -6,30.

Este resultado diferencia entre crítica o rechazo al sistema partidista y deterioro de la convivencia social. La ciudadanía puede valorar negativamente

a muchos partidos sin trasladar necesariamente esa negatividad con la misma intensidad a los grupos de votantes. Por eso, conviene evitar formulaciones simplistas como "rechazo a los votantes" u "odio al adversario". La formulación más precisa es que existen distintos grados de animosidad vertical y horizontal, y que la animosidad hacia partidos es más intensa que la animosidad hacia votantes.

También conviene matizar los perfiles. La derecha presenta mayor animosidad horizontal acumulada, pero esto debe formularse con precisión: el indicador mide predominio de impresiones negativas hacia grupos de votantes, no odio directo. Del mismo modo, la izquierda muestra mayor incomodidad ante el voto muy alejado, pero eso no significa que sea "más polarizada" en general. Ese resultado mide una dimensión concreta, distancia social cercana. La polarización ideológica ayuda a ordenar los perfiles, pero no explica todo por sí sola: distintos indicadores muestran patrones diferentes según se trate de partidos, votantes, conflicto relacional o incomodidad personal.

10.5. La polarización conflictiva es el hallazgo más novedoso

La quinta conclusión es que la polarización conflictiva constituye el hallazgo más novedoso del informe. A diferencia de la afinidad o la animosidad, que miden valoraciones, la polarización conflictiva permite observar experiencias vividas: evitar hablar de política, discutir fuerte, dejar de hablar con alguien, abandonar grupos o evitar medios no afines. Esta dimensión es especialmente útil porque conecta la polarización con la vida cotidiana.

Los datos muestran que la experiencia más extendida es evitar hablar de política para no discutir. Más de la mitad de todos los grupos de autoubicación ideológica declara haberlo hecho: 67,9% en la izquierda, 62,7% en la derecha y 55,7% en centro izquierda, centro y centro derecha. También destaca la evitación de medios o fuentes no afines, especialmente en la izquierda —64,0%— y la derecha —48,7%—. Esto indica que la polarización

conflictiva no se limita a discusiones explícitas, sino que también se expresa como evitación conversacional e informativa.

Otros indicadores muestran una intensidad menor, pero son relevantes porque implican consecuencias relacionales más fuertes. Haber dejado de hablar con alguien por política alcanza el 22,1% en la izquierda, el 21,7% en el centro derecha y el 19,1% en la derecha. Haber abandonado un grupo por discusiones políticas muestra una lógica casi simétrica entre izquierda y derecha: 13,3% y 13,4%, respectivamente, frente al 5,2% del centro. Esto confirma que la polarización conflictiva no puede atribuirse a un solo bloque ideológico: cada indicador capta una forma distinta de vivir el desacuerdo político.

También conviene matizar el caso de la izquierda. Este grupo destaca en incomodidad ante el voto muy alejado, evitación de conversación, discusión fuerte y evitación de medios no afines. Sin embargo, eso no significa que la izquierda sea "más polarizada" en general. En animosidad acumulada hacia partidos y votantes, la derecha presenta valores más altos. Lo correcto es afirmar que la izquierda destaca en algunos indicadores específicos de distancia social o conflicto vivido, mientras que otros indicadores muestran patrones más repartidos o incluso mayor intensidad en otros grupos.

10.6. No estamos tan mal: vínculos democráticos que resisten

Aunque el informe identifica señales de polarización, también muestra que la convivencia democrática no está rota. Esta es una conclusión importante: la polarización existe, pero no agota la vida política ni cancela los vínculos entre personas que piensan distinto. En varios indicadores aparece una base de reconocimiento, conversación y disposición participativa sobre la que se puede construir.

El primer dato relevante es que el diálogo respetuoso es mayoritario. El 69,1% de las mujeres y el 78,8% de los hombres declaran haber tenido

conversaciones respetuosas con personas que piensan distinto. La cifra crece con la edad, desde el 68,4% entre jóvenes de 18 a 24 años hasta el 77,8% entre personas de 55 a 70 años, y también aumenta entre perfiles con mayor nivel educativo, alcanzando el 79,4% entre quienes tienen licenciatura o grado. Esto matiza la narrativa de una sociedad completamente fracturada: discutir o evitar ciertos temas no impide que una mayoría siga reconociendo al otro como interlocutor posible.

El segundo dato relevante es que la diferencia política no rompe los vínculos íntimos en la mayoría de los casos. Aunque la incomodidad ante una persona cercana que vote muy distinto existe, casi siete de cada diez mujeres —69,3%— declaran estar cómodas o en posición neutral ante esa situación. En el centro político, la neutralidad alcanza el 82,1%, y en el centro derecha llega al 73,0%.

El tercer dato es que las mujeres parecen sostener vínculos políticos con menor traducción en conflicto explícito. Aunque declaran algo más de incomodidad ante el voto muy distinto que los hombres —30,7% frente a 27,4%—, muestran niveles más bajos de discusión fuerte —15,8% frente a 19,7%—, de haber dejado de hablar con alguien —14,8% frente a 20,1%— y de haber abandonado grupos de mensajería por discusiones políticas —7,9% frente a 13,9%—. Esto sugiere que la incomodidad no se traduce necesariamente en ruptura y que algunos perfiles pueden sentir esa tensión política sin cortar el vínculo.

El cuarto dato es que no predomina la apatía. Solo el 9,0% declara que “no le interesa participar” como razón para no hacerlo. La mayoría no rechaza la participación; lo que aparecen son barreras de tiempo, utilidad, confianza e información. Cuando la principal demanda para participar más es ver resultados visibles —50,6%—, seguida de más transparencia —36,0%— y decisiones más vinculantes —31,6%—, el problema no parece ser la falta de voluntad democrática, sino la falta de canales que demuestren utilidad, justicia y capacidad de incidencia.

Por eso, la conclusión no debe ser que “España está rota”, sino que existe una tensión democrática real pero también una base cívica disponible.

Hay evitación, pero también participación; hay cansancio, pero también demandas concretas para participar más. No estamos ante una ciudadanía replegada, sino ante una ciudadanía que discute, participa y exige mejores condiciones para hacerlo.

10.7. El centro aparece como menos conflictivo, pero también menos movilizado

La séptima conclusión es que el centro ocupa un lugar particular. En varios indicadores aparece como el perfil menos expuesto al conflicto político declarado. Por ejemplo, solo el 10,7% declara incomodidad ante una persona cercana que vote muy distinto, el 7,6% ha tenido una discusión fuerte por política, el 10,0% ha dejado de hablar con alguien y el 5,2% ha abandonado un grupo por discusiones políticas. En comparación con los grupos de autoubicación ideológica más definidos, el centro parece menos atravesado por experiencias explícitas de conflicto.

Sin embargo, esa menor conflictividad no equivale necesariamente a mayor afinidad o mayor participación. El centro registra una media muy baja de partidos valorados positivamente $-0,45-$ y de grupos de votantes valorados positivamente $-0,47-$. También presenta uno de los balances partidistas más negativos, con $-7,33$. Además, en participación institucional y en varios repertorios políticos aparece menos movilizado que los perfiles de autoubicación ideológica más definidos.

Esto obliga a interpretar el centro con prudencia. No debe asumirse automáticamente que el centro sea un espacio de alta moderación activa o de reconciliación política. Puede incluir perfiles moderados, pero también personas menos politizadas, desinteresadas, desafectadas o que no se sienten bien representadas por el eje izquierda-derecha.

Por tanto, el centro debe leerse como un espacio más neutral y menos conflictivo, pero no necesariamente más participativo ni más afín al sistema político.

10.8. Las barreras principales son prácticas y procedimentales, no solo actitudinales

La octava conclusión es que las principales barreras a la participación no son exclusivamente actitudinales. La falta de tiempo es la barrera más mencionada, con un 23,6%, seguida de la percepción de que participar "no sirve para nada", con un 20,5%. A continuación aparecen la falta de información o no saber cómo participar —13,6%— y la desconfianza en que el proceso sea justo —13,5%—. Solo el 9,0% menciona directamente que no le interesa participar.

Esto refuerza una idea importante: el problema no parece ser únicamente la apatía ciudadana. Muchas personas pueden estar dispuestas a participar si los procesos son comprensibles, accesibles, útiles y confiables. La falta de tiempo exige formatos más flexibles; la percepción de inutilidad exige resultados visibles; la falta de información exige pedagogía y comunicación clara; y la desconfianza exige garantías de neutralidad.

Las barreras también se distribuyen de forma distinta según perfiles. La falta de tiempo destaca entre personas de 35 a 44 años y quienes trabajan actualmente, lo que apunta a un problema de disponibilidad real. La percepción de que participar "no sirve para nada" es especialmente relevante entre personas mayores, pensionistas y perfiles de derecha, lo que refuerza la importancia de mostrar resultados visibles y retorno institucional. La falta de información afecta especialmente a perfiles con menor familiaridad institucional, como personas que buscan primer empleo o realizan labores del hogar. Los jóvenes y estudiantes destacan más por desinterés o baja conexión con los mecanismos disponibles, lo que sugiere que el problema puede estar en la falta de identificación con los formatos participativos existentes.

En perfiles de animosidad y conflicto, la barrera más relevante es la desconfianza procedimental. Quienes presentan mayor animosidad hacia partidos señalan más que no confían en que el proceso sea justo —15,6%— que quienes tienen mayor afinidad —9,6%—. Lo mismo ocurre con la animosidad hacia votantes: 15,0% frente a 7,0%. Además, entre quienes presentan alto

conflicto político, la desconfianza alcanza el 19,1% y la incomodidad ante el conflicto el 13,0%. Esto muestra que los perfiles más tensionados no necesariamente rechazan participar, pero necesitan procesos con reglas claras, neutralidad visible y moderación.

La exposición pública aparece como una barrera secundaria en la encuesta, pero puede ser relevante en contextos concretos, especialmente para pensionistas, personas que buscan primer empleo o perfiles de centro derecha. Los grupos focales refuerzan esta lectura: la ciudadanía no rechaza necesariamente participar con personas distintas, pero exige reglas, moderación, respeto, claridad y devolución de resultados.

10.9. Las condiciones de diseño más importantes combinan utilidad, neutralidad y convivencia

La novena conclusión es aplicada: para ampliar la participación en contextos polarizados, el diseño importa. La condición más mencionada para participar más es ver resultados visibles, seleccionada por el 50,6% de la muestra. Le siguen más transparencia —36,0%—, decisiones más vinculantes —31,6%—, mejor información —26,0%— y mayor facilidad para participar —24,6%—. Estos datos indican que la ciudadanía pide, sobre todo, utilidad, claridad y capacidad real de incidencia.

Sin embargo, las condiciones vinculadas al clima participativo son estratégicas para perfiles más tensionados. El ambiente respetuoso es seleccionado por el 20,9%, las garantías de neutralidad por el 19,1% y sentirse representado/a por el 12,9%. Aunque sus porcentajes sean menores en el conjunto de la muestra, aumentan entre quienes han vivido mayor conflicto político. En perfiles de alto conflicto, la necesidad de un ambiente respetuoso llega al 27,8%, las garantías de neutralidad al 23,5% y sentirse representado/a al 16,5%.

También aparecen diferencias entre afinidad y animosidad. Quienes presentan mayor animosidad hacia partidos y votantes son quienes más demandan

garantías de neutralidad —20,8% y 22,1%, respectivamente—. En cambio, el ambiente respetuoso aparece como una condición relevante tanto para perfiles con mayor afinidad hacia partidos —28,7%— como para perfiles con mayor animosidad hacia votantes —22,3%—. Por tanto, el respeto no es solo una demanda de perfiles moderados, sino una condición necesaria para sostener espacios donde existe tensión política.

Las oportunidades de diseño más claras son: neutralidad visible, ambiente respetuoso, representación plural, resultados visibles, escala local y temas concretos, y opciones de baja exposición cuando sea necesario. La neutralidad visible implica explicar quién convoca, quién modera, cómo se selecciona a participantes, qué reglas existen y cómo se evitará la captura del proceso. El ambiente respetuoso requiere normas de interacción, moderación imparcial, límites frente a ataques personales y foco en el problema público. La representación plural exige que el espacio no esté dominado por perfiles hiperpolitizados ni por una sola posición. Los resultados visibles requieren mostrar qué se hizo con las aportaciones, qué decisiones se tomaron y por qué. Y las opciones de baja exposición pueden facilitar la participación de perfiles que temen conflicto, juicio social o exposición pública.

10.10. Los temas importan: la participación funciona mejor cuando se ancla en problemas concretos

La décima conclusión es que el diseño participativo debe partir de temas concretos y reconocibles. La vivienda aparece como la preocupación más mencionada, con un 55,0%, seguida del mal comportamiento de los políticos —39,8%—, gobierno y partidos —29,8%—, crisis económica —27,7%—, inmigración —22,0%— y calidad del empleo —18,3%—.

Estos datos muestran que la ciudadanía quiere discutir sobre problemas materiales e institucionales.

La vivienda destaca como un tema especialmente adecuado para procesos participativos porque es concreto, cercano y transversal. En cambio, temas como inmigración, gobierno y partidos o mal comportamiento de los políticos pueden activar mayor tensión política y requieren diseños especialmente cuidadosos: moderación, reglas claras, información equilibrada y objetivos delimitados.

Los grupos focales refuerzan esta idea: la participación local aparece como más viable que la estatal porque permite identificar mejor el problema, los actores implicados y las posibles consecuencias. Por tanto, una recomendación central es diseñar procesos sobre temas con impacto directo, donde la ciudadanía pueda ver una relación clara entre participación, decisión y resultados. Temas como vivienda, servicios públicos, movilidad, seguridad de barrio, eficiencia energética, espacios comunes o equipamientos locales pueden funcionar mejor que debates abstractos o excesivamente mediados por lógicas partidistas.

10.11. El reto democrático no es solo aumentar la participación, sino sostener la diferencia política

La conclusión final es que el reto democrático no consiste únicamente en aumentar la participación. En contextos de polarización, el objetivo debe ser diseñar espacios capaces de sostener la diferencia política. Esto implica reconocer que la ciudadanía puede estar activa, pero también cansada, desconfiada o incómoda ante el conflicto. Implica también aceptar que una mayor participación no siempre equivale automáticamente a mejor calidad democrática: depende del canal, del clima, de las reglas y del tipo de interacción que se produzca.

Por eso, las recomendaciones del informe apuntan a una participación más útil, plural y confiable. Los procesos deben ofrecer resultados visibles, transparencia, reglas claras, neutralidad verificable, moderación imparcial,

representación plural y opciones de baja exposición cuando el tema sea sensible. También deben evitar que los espacios sean capturados por perfiles hiperpolitizados o por una sola posición, porque eso puede reforzar la desconfianza y excluir a perfiles menos movilizados.

En conjunto, el informe muestra que la participación ciudadana no electoral en España no está ausente, sino fragmentada y desigual. La polarización no la bloquea de forma lineal, pero sí condiciona sus formas, canales y requisitos. La oportunidad democrática está en convertir esa energía participativa —incluida la que viene de la afinidad, la animosidad o el conflicto— en procesos más útiles, plurales y capaces de transformar el desacuerdo en deliberación democrática.

Dicho de forma sintética: entre elecciones hay vida política, los votantes están mejor valorados que los partidos, la ciudadanía no pide solo más información sino resultados visibles, y el centro político no debe asumirse automáticamente como la franja más fácil de atraer. La clave está en diseñar procesos que conecten con la energía cívica existente, ofrezcan utilidad real y creen condiciones para que la diferencia política pueda expresarse sin romper el vínculo democrático.



Bibliografía

- Areal, J., & Hartevelde, E. (2024). Vertical vs horizontal affective polarization: Disentangling feelings towards elites and voters. *Electoral Studies*, 90, 102814. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2024.102814>
- Arnstein, S. R. (1969). A ladder of citizen participation. *Journal of the American Institute of Planners*, 35(4), 216–224. <https://doi.org/10.1080/01944366908977225>
- Barnes, S. H., Kaase, M., Allerbeck, K. R., Farah, B. G., Heunks, F., Inglehart, R., Jennings, M. K., Klingemann, H. D., Marsh, A., & Rosenmayr, L. (1979). *Political action: Mass participation in five Western democracies*. Sage. https://books.google.com/books/about/Political_Action.html?id=7A2FAAAAMAAJ
- Bennett, W. L., & Segerberg, A. (2012). The logic of connective action: Digital media and the personalization of contentious politics. *Information, Communication & Society*, 15(5), 739–768. <https://doi.org/10.1080/1369118X.2012.670661>
- Brady, H. E., Verba, S., & Schlozman, K. L. (1995). Beyond SES: A resource model of political participation. *American Political Science Review*, 89(2), 271–294. <https://doi.org/10.2307/2082425>
- Campbell, A., Converse, P. E., Miller, W. E., & Stokes, D. E. (1960). *The American voter*. University of Chicago Press.
- Centro de Investigaciones Sociológicas. (2024). Estudio n.º 3490. *Participación política*. Diciembre 2024. Centro de Investigaciones Sociológicas. <https://www.cis.es/documents/d/guest/es3490mar-pdf>
- Fishkin, J. S. (2011). *When the people speak: Deliberative democracy and public consultation*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:osobl/9780199604432.001.0001>
- Fung, A. (2006). Varieties of participation in complex governance. *Public Administration Review*, 66(s1), 66–75. <https://doi.org/10.1111/j.1540-6210.2006.00667x>
- Huddy, L., Mason, L., & Aarøe, L. (2015). Expressive partisanship: Campaign involvement, political emotion, and partisan identity. *American Political Science Review*, 109(1), 1–17. <https://doi.org/10.1017/S0003055414000604>
- Iyengar, S., Lelkes, Y., Levendusky, M., Malhotra, N., & Westwood, S. J. (2019). The origins and consequences of affective polarization in the United States. *Annual Review of Political Science*, 22, 129–146. <https://doi.org/10.1146/annurev-polisci-051117-073034>
- Iyengar, S., Sood, G., & Lelkes, Y. (2012). Affect, not ideology: A social identity perspective on polarization. *Public Opinion Quarterly*, 76(3), 405–431. <https://doi.org/10.1093/poq/nfs038>
- Mason, L. (2018). *Uncivil agreement: How politics became our identity*. University of Chicago Press. <https://press.uchicago.edu/ucp/books/book/chicago/U/bo27527354.html>
- Mutz, D. C. (2006). *Hearing the other side: Deliberative versus participatory democracy*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511617201>

- Norris, P. (2002). *Democratic phoenix: Reinventing political activism*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511610073>
- OECD. (2020). *Innovative citizen participation and new democratic institutions: Catching the deliberative wave*. OECD Publishing. <https://doi.org/10.1787/339306da-en>
- OECD. (2022). *OECD guidelines for citizen participation processes*. OECD Publishing. <https://www.oecd.org/gov/open-government/oecd-guidelines-for-citizen-participation-processes-2022.pdf>
- Orriols, L., & León, S. (2020). Looking for affective polarisation in Spain: PSOE and Podemos from conflict to coalition. *South European Society and Politics*, 25(3–4), 351–379. <https://doi.org/10.1080/13608746.2021.1911440>
- Putnam, R. D. (2000). *Bowling alone: The collapse and revival of American community*. Simon & Schuster. https://books.google.com/books/about/Bowling_Alone.html?id=rd2ibodep7UC
- Reiljan, A. (2020). "Fear and loathing across party lines" also in Europe: Affective polarisation in European party systems. *European Journal of Political Research*, 59(2), 376–396. <https://doi.org/10.1111/1475-6765.12351>
- Smith, G. (2009). *Democratic innovations: Designing institutions for citizen participation*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511609848>
- Sunstein, C. R. (2001). *Republic.com*. Princeton University Press.
- Tilly, C., & Tarrow, S. (2015). *Contentious politics* (2nd ed.). Oxford University Press. <https://global.oup.com/academic/product/contentious-politics-9780190255053>
- Torcal, M. (2023). *De votantes a hooligans: La polarización política en España*. Los Libros de la Catarata.
- Torcal, M., & Comellas Bonsfills, J. M. (2022). Affective polarisation in times of political instability and conflict: Spain from a comparative perspective. *South European Society and Politics*, 27(1), 1–25. <https://doi.org/10.1080/13608746.2022.2044236>
- Van Deth, J. W. (2014). A conceptual map of political participation. *Acta Politica*, 49, 349–367. <https://doi.org/10.1057/ap.2014.6>
- Verba, S., Scholzman, K. L., & Brady, H. E. (1995). *Voice and equality: Civic voluntarism in American politics*. Harvard University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctv1pnc1k7>
- Wagner, M. (2021). *Affective polarization in multiparty systems*. *Electoral Studies*, 69, 102199. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2020.102199>
- Wagner, M. (2024). *Affective polarization in Europe*. *European Political Science Review*, 16(2), 157–175. <https://doi.org/10.1017/S1755773923000383>

JULIO
2026

D DERECHOS DIGITALES **POLITICAL WATCH**



Financiado por
la Unión Europea
NextGenerationEU



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
PARA LA TRANSFORMACIÓN DIGITAL
Y DE LA FUNCIÓN PÚBLICA

SECRETARÍA DE ESTADO
DE DIGITALIZACIÓN
E INTELIGENCIA ARTIFICIAL

red.es



Plan de
Recuperación,
Transformación
y Resiliencia